

EL SIGLO DE TEÓFILO

Una ucronía de Bizancio

© Hilario Gómez Saafigueroa, marzo de 2006

Esta es la historia de un emperador bizantino que jamás existió...

El siglo de Teófilo

Margareth Carlisle
Universidad de Birmingham¹

«Cuando murió Teófilo II, en 1069, el imperio bizantino se hallaba en el apogeo de la fuerza, de la prosperidad y de la gloria [...] la monarquía se hallaba rodeada en todo Oriente y Occidente de un prestigio formidable.»

Charles Diehl, *Bysance grandeur et décadence*
(1919)

De todos los emperadores que gobernaron el Imperio bizantino a lo largo de su milenaria historia, son sin duda Justiniano I (527-565) y Teófilo II (1023-1069) los más conocidos y estudiados. Sus reinados –considerados sin discusión como las dos grandes *Edades de Oro* de Bizancio– dejaron una huella indeleble en la historia medieval, tanto en la de Europa como en la del Próximo Oriente, y fueron determinantes en el devenir del propio Imperio, aunque en sentidos opuestos: la dramática historia de Bizancio durante los reinados de los sucesores inmediatos de Justiniano (ese «*demonio con forma humana*» en palabras de un resentido Procopio) no fue más que la evolución lógica de las contradicciones internas de un Estado desmesurado, mientras que la estabilidad que disfrutó el Imperio hasta finales del siglo XII se debió en buena medida fruto de la previsión y las reformas acometidas por Teófilo II, figura casi mítica en la memoria de sus súbditos, que no en vano le apodaron Μακάριος (*Makários*, “Afortunado”).

Estos dos períodos de la historia bizantina se caracterizan también por la gran cantidad de testimonios contemporáneos que han llegado hasta nosotros. Si el belicoso Imperio del siglo VI tuvo cronistas como Procopio de Cesarea, Juan Malalas, Agatias de Mirna o Menandro Protector o Teofilacto Simocatés, el floreciente Bi-

¹ Margareth Carlisle es investigadora del Centro de Estudios Bizantinos, Otomanos y de la Grecia Moderna de la Universidad de Birmingham (Reino Unido).

zancio del siglo XI fue glosado por Miguel Psellós, Juan Skylitzes, Miguel Ataliates, Nicéforo Briénios y, por supuesto, ibn-Kulayb. Contamos además con multitud de documentos de la época de la más variada naturaleza: relatos de viajeros, textos legales, actas patriarcales, correspondencia oficial y privada, informes diplomáticos, contratos mercantiles y de arrendamiento, textos militares y un largo etcétera. También es muy estimable la literatura popular que –en forma de vidas de santos, poemas épicos o crónicas universales– ha sobrevivido hasta nuestros días y que nos proporciona una imagen a veces ingenua pero sin duda fresca y dinámica de la vida cotidiana en los campos y ciudades del Imperio de Oriente en los siglos XI y XII.

De estas fuentes han bebido generaciones de estudiosos, desde Diehl, Baynes y Bréhier a Treadgold, Haldon, Mango o Stephenson, pasando por Vasiliev, Ostrogorsky o Maier, por citar sólo algunos. Pero además de las fuentes documentales también contamos con una ingente cantidad de testimonios físicos en forma de obras de arte de todo tipo (tallas, manuscritos, joyas, pinturas, iconos...), de múltiples ejemplos de arquitectura religiosa, civil y militar y de cada vez más abundantes vestigios arqueológicos: en los últimos años estamos asistiendo a gran número de hallazgos de excepcional interés que –como en el caso de los recientemente descubiertos restos de la βασιλική οικία (*basiliké oikía* o “Casa del Basileo”), el famoso palacio que Teófilo hiciera construir en Deuteron, o las excavaciones de V. Chistides y K. Lunyikan en Antakya (Antioquía)– permiten arrojar una clarificadora luz sobre la realidad del Imperio bizantino medio en su momento de máximo esplendor.

Es a esa época y a ese hombre al que vamos a dedicar las siguientes páginas. Tratemos, pues, del siglo de Teófilo II el Afortunado.

La previsión de Basilio II

Tras la muerte de Juan Tzimiskés en enero de 976 casi ningún contemporáneo esperaba gran cosa de los dos jóvenes hijos de Romano II y Teófano. En efecto, ni Basilio II ni Constantino VIII habían mostrado hasta entonces gran interés por los asuntos de Estado, lo que tampoco era ninguna novedad en la dinastía macedónica pues ni su padre ni su abuelo (Constantino VII) habían ejercido el poder real y, salvo en momentos excepcionales, habían vivido a la sombra de ambiciosos generales que no dudaron en usurpar el poder imperial dejando a los basileos titulares como meras figuras decorativas. Romanos Lecapeno, Nicéforo Focas y Juan Tzimiskés lo habían hecho así y ahora era de esperar que alguno de los representantes de la poderosa aristocracia militar asiática se decidiera a tomar las riendas del poder y gobernar los destinos del Imperio en nombre de sus legítimos soberanos.

Por ello debieron ser muchos los sorprendidos al ver que Basilio estaba dispuesto a romper la “tradición” y ejercer el poder que por derecho le correspondía. En una primera fase, y carente de la más mínima experiencia de gobierno, el joven basileo se apoyó en su tío-abuelo, el poderoso *parakimomenos* Basilio. Y falta le hacía la experiencia del eunuco, pues enseguida debió enfrentarse a las ambiciones del general Bardas Skleros, que se hizo proclamar emperador por sus tropas en el verano de 976. Con Asia Menor bajo su control el rebelde se dirigió hacia Constantinopla en 978 y tras derrotar a varios generales leales a Basilio, su imparable avance sólo se vio frenado ante las murallas de Nicea, donde el joven general Manuel Erotikos Comneno le plantó cara el tiempo suficiente para dar un respiro al basileo,

que puso sus fuerzas bajo el mando del *Domestikos ton Scholon* (“Doméstico de las Scolae” o comandante en jefe del ejército) Bardas Focas, sobrino del difunto emperador Nicéforo. Y aunque Nicea finalmente cayó, las tropas de Focas pasaron a la ofensiva y –en una cruenta campaña que tuvo como cenit las batallas de Pankaleia (cerca del río Halys) en junio de 978 y la de Basilika Therma (en el *thema* de Carisianon, en Anatolia oriental) en marzo del año 979– derrotaron a Skleros, que debió buscar refugio en Bagdad.

Restablecida la paz, al cabo de unos años Basilio II consideró que ya había aprendido lo suficiente y decidió romper con su poderoso tío-abuelo (985). De inmediato trató de mostrar su capacidad como soberano (su hermano menor Constantino no tenía el más mínimo papel en el gobierno y vivía entregado a todo tipo de placeres) y se lanzó sobre Bulgaria, que bajo la dirección del zar Samuel había aprovechado los conflictos internos del Imperio para sacudirse el yugo bizantino. Pero la campaña imperial terminó en desastre (986) y Basilio tuvo que retirarse.

La derrota fue aprovechada por Bardas Focas, que se proclamó emperador en agosto de 987 con el respaldo de la nobleza terrateniente y de parte del mando militar. Pronto la mayor parte de Anatolia cayó otra vez en manos de un usurpador, que también se dirigió a Constantinopla para tratar de hacerse con el trono. Sólo con la ayuda militar de Vladimir de Kiev (a cambio de la mano de la hermana del emperador, Ana Porfirogénita) y de un puñado de generales fieles (Romanos Scleros, Gregorio Taronites, Nicéforo Uranos, Manuel Erotikos y algunos otros) pudo Basilio conjurar aquella nueva amenaza en la batalla de Abydos en abril de 989, en la que Bardas Focas encontró la muerte.



Basilio II

Desembarazado de sus principales enemigos, Basilio pudo empezar a aplicar su propio “programa”, que podemos resumir en aplastar la rebelión búlgara, ejercer una autoridad indiscutida, controlar el poder de la aristocracia terrateniente –sin renunciar a sus servicios–, hacer respetar al Imperio en todas sus fronteras, sanear la tesorería, estimular la prosperidad y asegurar el respeto a la dinastía macedónica. Cuando, 35 años más tarde, el viejo emperador hubo de afrontar de mala gana la hora de la muerte, lo hizo con la satisfacción del deber cumplido, sabiendo que dejaba un Bizancio fuerte y un sucesor capaz. Pero pudo no haber sido así.

Es bien sabido que Basilio nunca se casó ni tuvo hijos conocidos. Es este un hecho que no deja de ser excepcional tanto en la historia como en la mentalidad bizantinas. Los peligros que enfrentó el emperador durante las dos primeras décadas de su reinado resultaron tan traumáticos que el que fuera un joven pendenciero y hedonista se transformó en un adulto huraño y desconfiado, enemigo del ceremonial palaciego y de la ostentación. Sabemos por ibn-Kulayb² que la contumáz soltería del soberano no pasó inadvertida para sus súbditos:

«Eran muchas las murmuraciones y chismes que podían escucharse en las calles de Constantinopla en los días de Basilio Porfirogénito a propósito de su falta de interés por las cuestiones matrimoniales. Para unos, era el mismo Todopoderoso el que le había inducido a la castidad como castigo por sus excesos de juventud; para otros, Basilio habría desarrollado una profunda antipatía por las mujeres a consecuencia de lo acontecido con cierta dama de la que estuvo perdidamente enamorado en su mocedad; finalmente, estaban quienes opinaban que el emperador se sentía más cómodo y seguro entre soldados que entre mujeres y eunucos y que sólo confiaba en un reducido grupo de personas.»

Pero la misoginia de Basilio no significó en absoluto que se desentendiese de la cuestión sucesoria. Plenamente consciente de la absoluta incapacidad de su hermano para los asuntos públicos, el emperador decidió confiar la futura suerte del Bizancio a Eudoxia, la mayor de las hijas de Constantino (sus hermanas Zoe y Teodora apenas tuvieron relevancia en la historia del Imperio). Así pues, en 992 entregó en matrimonio a la joven a uno de los pocos hombres en los que Basilio tenía plena confianza: Miguel Erotikos Comneno, el defensor de Nicea en 978.

¿Por qué eligió Basilio a Erotikos como consorte para su sobrina? El único cronista que recoge el asunto con alguna amplitud y detalle es Miguel Psellós:³

«Para cuando su hermano Basilio llegó a ser emperador, Constantino, todavía un joven, se había casado con una dama llamada Helena. Era hija del renombrado Alypios, por entonces el principal hombre de la ciudad y miembro de una noble familia tenida en alta reputación. Esta dama, que no sólo era hermosa, sino también virtuosa, tuvo de él tres hijas antes de morir. Las princesas crecieron en el palacio y se educaron de la manera debida a su alto rango. La responsabilidad de su educación recayó en Constantino, porque Basilio, aunque manifestaba el más fuerte afecto y amor por sus sobrinas, estaba demasiado ocupado protegiendo el Imperio en nombre de su hermano como para poder ocuparse de su futuro. Y así fue que, una vez casada la mayor de las hijas de Constantino, de nombre Eudoxia,

² ibn-Kulayb al-Rumi, *Vida de Teófilo*, II.3

³ Miguel Psellós, *Cronografía* Libro II, 31.4 y 31.5

con el general Miguel Erotikos y nacido el futuro emperador Teófilo, Basilio no mostró por las otras hijas de su hermano, Zoe y Teodora, otro interés que el puramente afectivo.

Era Eudoxia una mujer de carácter tranquilo, de espíritu gentil y de belleza moderada, pues su rostro revelaba que en su infancia había sido víctima de alguna enfermedad infecciosa. Por lo que a su esposo respecta, pertenecía a una estirpe menor originaria de Komné, villa cercana a Adrianópolis, donde su padre Isaac y su tío, también llamado Miguel, habían servido al Imperio antes de trasladarse con sus familias a Paflagonia, en Asia. Excelente soldado, con poco más de veinte años Miguel se distinguió en Nicea frente a Bardas Skleros y siempre se mostró fiel a Basilio, quien no dudó en recompensarlo con generosidad. Llegado el momento de buscar un esposo para su sobrina Eudoxia, Basilio buscó un hombre leal, no demasiado viejo y ajeno a los vicios de las grandes familias del Imperio y lo encontró en Miguel Erotikos Comneno.»

Poco hay que añadir a las palabras de Psellós: Miguel Erotikos era un general obediente, que debía toda su fortuna a Basilio y que no estaba por entonces emparentado con ninguna de las grandes casas de Bizancio. Las expectativas del emperador se vieron cumplidas y al año siguiente nacía en el palacio de la Fuente⁴ el futuro emperador Teófilo (993-1069). Eudoxia tuvo tiempo de dar otro vástago a Miguel (la princesa Irene, nacida en 998), antes de morir en 1008, a los 34 años, víctima de unas fiebres.⁵ Al cabo de poco, Miguel volvería a casarse –contando con la aquiescencia del basileo–, matrimonio del que resultaron otros dos hijos, Isaac (1011-1061) y Juan (1015-1067). Este último desposaría con Ana Dalaseno, engendrando a Alejo I Comneno y dando lugar a una nueva dinastía que regiría los destinos del Imperio durante siglo y medio.

Los primeros años de Teófilo

Tras el nacimiento de Teófilo, su padre fue nombrado *stratega* de Melitene y Mesopotamia, además de *megaskourator* y *krites* de las ciudades del Éufrates.⁶ Curiosamente, contra la costumbre en estos casos, Erotikos no recibió una dignidad honorífica de alto nivel, sino la más discreta de *espatarokandidato*. En 995 solicitó que se reunieran con él Eudoxia y su hijo, petición que fue muy bien vista por Basilio, pues consideraba que tanto su sobrina como Teófilo debían mantenerse alejados del viciado ambiente del Sagrado Palacio Imperial.⁷

Pero no era por entonces la frontera del este una apacible balsa de aceite en la que gozar despreocupadamente de los encantos de Oriente. Fatimíes y bizantinos se disputaban las ciudades portuarias de la Siria septentrional, además de Alepo, el

⁴ G. Schlumberger, *Un empereur byzantin au XI siècle: Théophile II* (París, 1923). Parece ser que Basilio no quería que su probable sucesor quedara enredado desde su más tierna infancia en la espesa telaraña del ceremonial del Gran Palacio, «[...] sometido a todo tipo de influencias perniciosas por parte de los eunucos y sacerdotes que tanto odiaba [...]». Ver nota n° 7.

⁵ Psellós, II, 31.13

⁶ Los *kouratores* o *episkeptitai* eran los delegados imperiales plenipotenciarios en los territorios conquistados que dirigían el entramado de la organización administrativa indígena y aseguraban la percepción de los tributos. Los *krites* desempeñaban tareas judiciales. Era frecuente reunir en una sola persona varios cargos que afectaban a *themas* y *kleissuras* vecinos. En el caso de Miguel, también se añadían funciones militares.

⁷ ibn-Kulayb, III.4: «[...] Basilio recelaba de los cortesanos aduladores y de los monjes ociosos que en su opinión infestaban los salones y aposentos del Palacio Imperial [...]» Ver nota n° 4.

gran centro caravanero convertido en protectorado imperial desde 969. Las fuerzas del califa al-Aziz (975-996) sitiaron la ciudad en varias ocasiones, obligando a entrar en combate a los contingentes bizantinos acantonados en Siria. En uno de estos encontronazos fue derrotado el duque de Antioquía, Miguel Burtzes (992), pero sería una nueva victoria fatimí sobre este mismo general en 994 la que haría saltar todas las alarmas: enterado del desastre, Basilio II dejó el frente búlgaro y, a la cabeza de un destacamento del ejército imperial, cruzó toda Anatolia en apenas dos semanas presentándose de improviso en Siria septentrional en la primavera de 995. Los sorprendidos fatimíes optaron por la retirada y Burtzes fue sustituido por Damian Dalaseno, general al que tampoco le sonrió demasiado la fortuna pues fue también derrotado por el ejército del califa al-Hakim (996-1021) en el año 998. Esto obligó a Basilio a intervenir de nuevo atacando los dominios fatimíes en Siria, apoderándose de Cesarea y Homs y avanzando contra Trípoli (999). Aunque esta última ciudad no pudo ser tomada, la enérgica ofensiva bizantina obligó a los fatimíes a pedir una tregua.⁸

Acto seguido Basilio nombró a su mano derecha, Nicéforo Uranos, *krator* del Oriente (o gobernador supremo de la frontera oriental), cargo que ocuparía hasta su muerte en torno a 1010. Era Uranos un aristócrata con una amplia experiencia administrativa, diplomática y militar que se había distinguido en la guerra de Bulgaria (en 996 dirigió el ejército que derrotó a Samuel en el río Sperkerios y en la que el rey búlgaro resultó herido) y que nos legó un tratado militar, *Taktika*, escrito a la luz de su experiencia aunque basado en el trabajo previo del mismo título de Nicéforo Focas. Hombre piadoso, compuso también dos hagiografías (*La vida de Simeón de la Montaña Maravillosa* –sobre Simeón el Estilita– y *La pasión de Teodoro, el soldado* –sobre el martirio de San Teodoro en el siglo II–) que, como en el caso de la *Taktika*, se basaban en modelos anteriores.⁹

Durante su “virreinato”, Nicéforo se rodeó de brillantes colaboradores de su total confianza, como su buen amigo Filetos Synadeos (*krites* de Tarso) o el mismo Erotikos, con quienes mantenía una intensa correspondencia oficial y frecuentes reuniones de estado mayor en Antioquía con el objetivo de diseñar las estrategias necesarias para que se cumpliesen los deseos de Basilio II: asegurar la existencia de un “colchón” de seguridad estable en torno a su territorio anatolio y recaudar los tributos para mantener el dispositivo militar frente a los fatimíes. Par ello era necesario pragmatismo y tolerancia y Nicéforo, a pesar de su profunda fe y ortodoxia, hizo honor a la confianza que Basilio II depositó en él y su mandato se caracterizó en líneas generales por la tranquilidad y las buenas relaciones con las comunidades musulmanas y monofisitas de los territorios recientemente conquistados.¹⁰

Fue ese el ambiente en el que se desarrolló la infancia y adolescencia de Teófilo. Su primera educación corrió a cargo de León Maketarios,¹¹ secretario de su padre

⁸ Yahya ibn Sa`id al-Antaki, *Chronicle Universelle*. Traducido y editado por I. Kratchkovsky y A. Vasiliev (1923).

⁹ Ver a este respecto el interesante artículo de D. Krausmüller, *Fainting fits and their causes: a topos in two Middle Byzantine metaphraseis by Nicetas the Paphlagonian and Nicephorus Ouranos*, en *Golden Horn* (volumen 9, invierno 2001-2002). El texto está disponible en la dirección <http://www.isidore-of-seville.com/goudenhoorn/91dirk.html>

¹⁰ Catherine Holmes, *How the East was won in the reign of Basil II*, Incluido en el volumen *Eastern approaches to Byzantium*, ed. por Antony Eastmond. ©Society for the Promotion of Byzantine Studies, 2001. Ashgate Publishing Ltd, Hampshire, Reino Unido.

¹¹ Su hijo Constantino sería *episkeptitai* de Sicilia tras la reconquista de 1025.

en Melitene y hombre de cultura enciclopédica, pero también de Yussuf Hassan, *moalim* (maestro) de los hijos del *patrikios* Kulayb, *basilikos* de Melitene.¹² El menor de estos, ibn-Kulayb al-Rumi, se convertiría enseguida en uno de los mejores amigos de Teófilo y con los años en su secretario privado, además de su principal cronista. Según nos cuenta éste, Teófilo era buen estudiante, aunque más interesado en la historia y la geografía que en la poesía homérica y la teología; bien dotado para las lenguas, a su temprano aprendizaje de la lengua árabe de la mano de Yussuf Hassan añadió por su propia cuenta, ya en la edad adulta, un conocimiento aceptable del armenio y del latín. Pero si había algo que le gustaba al joven Teófilo era escaparse de la vigilancia paterna y vagar con sus amigos por las calles y mercados de Melitene durante horas, viviendo audaces aventuras infantiles que por lo general solían terminar siempre de la misma manera: con una contundente azotaina.¹³ Ya en la edad adulta la natación, la equitación y la caza serían las principales aficiones a las que Teófilo dedicaría su escaso tiempo libre.¹⁴

Tras la intervención en Siria, Basilio II pasó el invierno de 999/1000 en Tarso, dispuesto a continuar la campaña en la primavera siguiente. Sin embargo, al recibir la noticia del asesinato del rey de la Alta Georgia, David, el emperador se dirigió con un gran ejército hacia esos lejanos territorios que el difunto rey había legado a Bizancio. Una de las etapas del viaje era Melitene y allí se produjo un breve encuentro entre el enérgico autócrata de los romanos y el joven Teófilo. Esto fue lo que ocurrió, según la narración de ibn-Kulayb:

«Reunidos en la sala de audiencias del alcazar de la ciudadela de Meiltene, todos los notables de la ciudad se postraron al paso del emperador. Sin prestarles mayor atención Basilio tomó asiento en el trono preparado al efecto en un extremo de la estancia y, a una indicación suya, el maestro de ceremonias ordenó a todos que se incorporaran. Durante un instante el autócrata escrutó a todos los presentes e hizo una señal a Miguel Erótikos para que se acercase. Pareció que le preguntaba algo y que éste le respondía señalando hacia un lateral de la sala. De pronto el emperador se levantó y avanzó hacia el lugar indicado, ante el asombro de todos, que no acertaban a adivinar qué estaba ocurriendo pero tampoco se atrevían a preguntar, siquiera en voz baja, tal era el respeto que inspiraba el emperador.

Basilio se detuvo junto al grupo de asustados pajes que escoltaban a Teófilo, que por entonces tenía unos siete años. No dejó de sorprender a los presentes la entereza con la que el jovencito mantuvo la dura mirada del basileo, mientras a su alrededor todos inclinaban la cerviz y temblaban como perrillos. “¿Sabes quién soy?” preguntó el autócrata, a lo que Teófilo respondió con voz aguda pero firme, “Sí, eres Basilio, emperador de los romanos”. El emperador pareció satisfecho con la respuesta y la actitud del mozalbete y volvió a preguntar. “¿Me tienes miedo?”, a lo que Teófilo contestó sin pestañear, “¿Por qué voy a tenerte miedo? Yo no tengo miedo

¹² Kulayb era un árabe cristiano, probablemente monofisita, y un poderoso personaje en aquellas regiones. Entró al servicio de Bizancio en 975 y se mantuvo como *basilikos* (cabeza de la administración fiscal y judicial y jefe de la guarnición en las ciudades sometidas) de Melitene desde 976 hasta al menos 987. Para más información, consultar C. Holmes y Yahya ibn Sa`id (*supra cit.*).

¹³ ibn-Kulayb, III.21

¹⁴ Psellós, II, 38.1

de nada”. Basilio no pudo evitar una sonrisa y le dijo “¿De nada? ¡Ojalá todos mis generales tuvieran tanto valor!”. Acto seguido cogió en brazos al niño, le besó en la mejilla y se volvió hacia los presentes exclamando, “¡Saludad todos al César Teófilo!”»¹⁵

Aunque los historiadores modernos dudan de la veracidad de este episodio, o al menos de que se desarrollase de la forma narrada por ibn-Kulayb, no cabe ninguna duda de que Basilio estaba sumamente satisfecho de cómo se estaba educando al que sería su sucesor. Y aunque la dignidad de César no se hizo realidad hasta unos años más tarde, ya nadie dudaba de quién sería el futuro emperador del Imperio romano de Oriente si las cosas no se torcían. Y de momento no lo hicieron: tras la expedición de Basilio a tierras del Cáucaso –que se tornó en un auténtico paseo militar– el califa fatimí al-Hakim envió a Orestes, patriarca de Jerusalén, a negociar una tregua de diez años. Tal era la fortaleza demostrada por Bizancio en los primeros días del siglo XI.

Con la frontera oriental estabilizada pudo Basilio centrarse en la guerra búlgara. En 1003 liberó los accesos a Tesalónica, amenazados desde tiempo atrás. Esta acción fue respondida por un fulminante y sangriento ataque búlgaro sobre Adrianópolis, pero el emperador contraatacó en Macedonia occidental y derrotó al zar Samuel en del río Vardar (cerca de Skopje, la capital de la Macedonia ex-yugoeslava). En apenas un par de años los dominios de Samuel se habían reducido a la mitad.

Mientras, en Oriente la paz sólo se vio alterada por la insurrección al-Asfar (1006/7), rápidamente controlada por Nicéforo Uranos, y por la destrucción de la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén por el califa al-Hakim (1009). Poco después moría Uranos y con él desapareció durante unos años el principal freno a las aspiraciones egipcias, lo que desembocaría en la toma de Alepo por los fatimíes en 1016. Como respuesta a esa nueva situación, Teófilo fue nombrado nuevo *krator* de Oriente. Pero antes ocurrieron otras muchas cosas importantes en su vida.

En la primavera de 1008, y víctima con toda probabilidad de un cáncer,¹⁶ muere Eudoxia en Constantinopla, a dónde se había trasladado buscando algún remedio a su mal entre los médicos de la ciudad. Este triste acontecimiento familiar motivó el traslado de Miguel y su hijo a la capital para los funerales oficiales y la inhumación de su madre y esposa en el monasterio de Mangana, que la difunta había fundado y dotado algunos años antes. Tras el obligado período de luto, Miguel Erotikos regresó a la frontera oriental, donde permanecería durante un lustro más antes de retirarse a sus propiedades en Paflagonia, pero por expreso deseo de Basilio II, el joven Teófilo se quedó en Constantinopla. Había llegado el momento de hacer frente a su futuro.

Aprendiendo el oficio

Teófilo recibió el rango de *καίσαρα* (*kaisar*, “César”) en el verano de 1008, a los 15 años de edad, e inició de inmediato un intenso período de formación en todo tipo de asuntos de gobierno. El título recibido no tenía en principio ninguna importancia práctica, pues se trataba de una dignidad honorífica que ya no tenía el relie-

¹⁵ ibn-Kulayb, III.28

¹⁶ Psellós, II, 38.6

ve de otras épocas, pero dejaba traslucir las intenciones de Basilio.¹⁷ Especial atención prestó el emperador a la formación militar de su sobrino-nieto, ya bien asentada gracias a la previsión de su padre, así que desde 1010 el joven César alternó las estancias en Constantinopla con giras de inspección por las guarniciones y contingentes que desde Tracia al norte de Grecia y Tesalónica estaban inmersos desde 1005 en una guerra de “baja intensidad” contra los búlgaros de Samuel, cuyos dominios habían quedado reducidos a la Macedonia occidental, la región de los grandes lagos y las montañas albanesas. Bajo la dirección del eunuco Orestes, de Teofilacto Botaneiates –duque de Tesalónica– o del general Nicéforo Quifías, Teófilo participó en muchas incursiones en territorio enemigo.

Lamentablemente de este período ni ibn-Kulayb, ni Psellós, ni Skylitzes¹⁸ dan más que informaciones fragmentarias o episódicas. Sabemos por la *Vida* que Teófilo visitó Atenas y Corinto, que estuvo al menos dos veces en Tesalónica y en Adrianópolis y que dirigió entre 1013 y 1014 varias expediciones de castigo en el valle superior del río Strymon, dentro de una campaña de preparación del terreno de cara a posteriores ofensivas imperiales:

«[...] en el año 6522 el César Teófilo condujo un gran número de hombres contra los castillos búlgaros al otro lado de las montañas de Haimus. Volvió a tomar la Gran y Pequeña Preslav y Pliska, y el ejército romano se retiró sin pérdidas y con gran botín [...]»¹⁹



Infantes bizantino (izq.) y búlgaro (der.), según Radu Oltean

En julio de 1014 Teófilo participó en la importantísima batalla de Kleidion, respuesta bizantina al intento de Samuel de hacerse con el control del desfiladero de Kimbalongos (Macedonia occidental), habitual ruta de penetración de las tropas bizantinas. Su misión fue la de atacar la retaguardia búlgara para romper el bloqueo enemigo del desfiladero, mientras Basilio y Nicéforo Quifías distraían al grue-

¹⁷ No tenemos ninguna referencia en las crónicas sobre lo que opinaba Constantino VIII sobre toda la cuestión sucesoria, y de hecho ibn-Kulayb es muy parco sobre las relaciones de Teófilo con su abuelo materno.

¹⁸ Juan Skylitzes, *Synopsis Historion*. Traducido por Paul Stephenson. La cronografía de las guerras búlgaras de Skylitzes siempre ha sido problemática y ha estado sujeta a permanente discusión.

¹⁹ Skylitzes, *supra cit.*

so del ejército de Samuel con un ataque frontal. La victoria bizantina fue total y Teófilo se consagró como uno de los mejores jefes militares de Bizancio con sólo 22 años de edad. Curiosamente, ibn-Kulayb, que da una completa y vívida descripción de la batalla y de los acontecimientos subsiguientes,²⁰ no recoge el supuesto acto de barbarie cometido por Basilio II sobre 15.000 prisioneros búlgaros a los que habría mandado cegar, según narraría décadas después Skylitzes. Esto ha hecho dudar a muchos historiadores sobre la veracidad del suceso pero ocurriera lo que ocurriese, poco después de la derrota moría Samuel. Su hijo y sucesor Gabriel gobernó hasta 1016 un reino en descomposición y su asesinato no hizo sino empeorar las cosas. Su efímero sucesor, Juan Vladislao, vio al último ejército búlgaro destruido por los bizantinos en la batalla de Pelagonia (1017), de modo que ya nada ni nadie pudo impedir que la campaña final iniciada por Basilio en la primavera de 1018 no fuese otra cosa que un paseo militar en el que el emperador recibía una tras otra la sumisión de los caudillos búlgaros. Basilio celebró la conquista de Bulgaria²¹ en la iglesia de la Madre de Dios de Atenas²² (el antiguo Partenón) y poco después hacía su entrada triunfal en Constantinopla.

Teófilo no fue protagonista de las celebraciones que se sucedieron en la capital pues no participó en los dos últimos años de la guerra búlgara. Pocos meses después de la batalla de Kleidion, Teófilo contrajo matrimonio con Teodora Hylilas, la bella hija de un gran potentado tesalonicense. Según cuentan Psellós e ibn-Kulayb,²³ el “casamentero” fue Teofilacto Botaneiates, quien –siguiendo instrucciones de Basilio, a quien no se le escapaba nada– sugirió el nombre de la muchacha a Teófilo durante una de sus estancias en Tesalónica, ciudad en la que se celebraron con gran pompa los esponsales.

Aunque se trataba del típico matrimonio pactado tan común en esa época, la joven pareja no tuvo demasiados problemas para congeniar. La *Vida* nos ha legado un retrato de Teófilo que, si bien idealizado, nos permite hacernos una idea de cómo era nuestro personaje en los días de su plenitud:²⁴

«[...] Era Teófilo de elevada estatura, moreno de tez y de abundante cabello castaño. Bien conformado de miembros, ojos negros y vivos, barba poblada y recortada, hemoso y apuesto, poseía una fuerza extraordinaria, admirable memoria, singular aptitud para todos los trabajos de la guerra y de la paz, rara destreza en el manejo de las armas, siendo a la vez un consumado jinete y cazador [...] Desde su advenimiento al poder se levantaba antes del amanecer y empezaba su trabajo.

Teófilo aborrecía el ceremonial de la corte y tenía a gala ser muy accesible a sus colaboradores, a sus familiares y a sus amigos. Se

²⁰ ibn-Kulayb, IV.5

²¹ Bulgaria fue administrada desde 1018 con un régimen especial similar al aplicado en los territorios musulmanes orientales. La administración indígena se mantuvo controlada por los *basilikoi* (véase la nota nº 12) y los tributos se recaudaban en especie.

²² En esa época, la iglesia de la Madre de Dios de Atenas era un importante centro de peregrinación. La misma ciudad se había recuperado de la decadencia de siglos anteriores y convertido en una próspera ciudad de provincias quizás habitada por unas 15.000 personas (la repoblación había alcanzado el área de la antigua Ágora).

²³ Psellós, 38.13 e Ibn-Kulayb, IV.25

²⁴ ibn-Kulayb, IV.3 y 4. Aquí el incondicional amigo y biógrafo del emperador no fue del todo original y mostró su familiaridad con la *Los doce césares* de Suetonio. Véase a este respecto el artículo de Francisco Aguado *Propaganda imperial y crónica histórica en ibn-Kulayb al-Rumi*, publicado en la *Revista Española de Estudios Bizantinos*, nº 158 (2004), pgs. 65 a 123.

vestía y calzaba por sí mismo e invitaba a su mesa a quienes le rodeaban con la mayor cordialidad. En ocasiones salía a pasear por la ciudad, discretamente escoltado por un puñado de hombres de la Hetaireia, y no era infrecuente verlo almorzar en una humilde taberna, acudir a los baños públicos como un romano cualquiera [...] o sentarse en las gradas entre los invitados para disfrutar de una partida de tzykanisterion.²⁵ Otras veces cabalgaba por el Filopation²⁶ y no era extraño que regresase con alguna pieza de caza sobre la grupa de la que daba buena cuenta en la cena en compañía de sus íntimos.»

Con semejantes virtudes no resulta en absoluto sorprendente que la joven Teodora estuviese encantada con el esposo que le había tocado en suerte. El flamante matrimonio se puso enseguida manos a la obra y en 1015 nació Romanos, el primero de los cuatro vástagos (Romanos, Eudoxia, Teófila y León) de la imperial pareja, que permaneció junta hasta el final. Pero para eso todavía faltaban muchos años. De momento, el César Teófilo debía hacer frente a un nuevo desafío, esta vez en la frontera siria.

De vuelta a Oriente

La tregua de diez años acordada en el año 1000 entre bizantinos y fatimíes se prorrogó en el tiempo a pesar de diversos incidentes. Durante ese período las relaciones políticas y comerciales entre los dos estados fueron cordiales y fluidas. Pero este ambiente positivo se truncó al cabo de unos años por la cuestión de Alepo.

El último gobernante hamdaní de Alepo, Sa'íd ad-Dawla, fue asesinado en 1002 por su visir Lulu, aunque el cambio no tuvo mayores consecuencias y Alepo continuó siendo un protectorado bizantino. Pero la situación empezó a cambiar a partir de la muerte en 1008 de Lulu. Sucedió por su hijo Mansur, éste tuvo que enfrentarse a numerosos enemigos, entre ellos el hamdaní Abu Hayja que, contando con el apoyo de Bizancio, trataba de restaurar el gobierno de su familia. Acosado, Mansur apostó por los fatimíes y con su apoyo derrotó al hamdaní. Bizancio no reaccionó, como tampoco lo hizo al año siguiente, cuando al-Hakim ordenó la destrucción de la iglesia del Santo Sepulcro.

Durante unos años se mantuvo esta situación hasta que en 1016 Mansur fue derrotado por Saleh bin Mirdas, jefe de los Banu Kilab, la más poderosa tribu del norte de Siria. Mansur buscó refugio en Bizancio y los fatimíes aprovecharon la ocasión para hacerse con el control de la ciudad. El califa al-Hakim ordenó a sus tropas acantonadas en Siria que se moviesen hacia Alepo y como consecuencia al año siguiente el primer gobernador fatimí, un *ghulam*²⁷ turco llamado Fatik, hacía su entrada en Alepo. Fue entonces cuando Constantinopla consideró que se había cruzado la línea roja y se aprestó a intervenir.

A mediados de 1017 Basilio II nombró a su sobrino-nieto Teófilo *krator* de Oriente con la misión específica de resolver de una vez por todas la cuestión de

²⁵ El *tzykanisterion* no era otra cosa que el juego del polo, importado de Persia. Es conocida la gran afición a este deporte entre las clases altas y existían explanadas para su práctica, por ejemplo, en el Palacio Sagrado.

²⁶ El parque de Filopation (Φιλοπάτιον) estaba situado en el exterior de la muralla Teodosiana. Era un bosque espeso, muy bien regado y cercado en el que los emperadores daban rienda suelta a su afición cinegética.

²⁷ Los *ghulams* eran tropas profesionales mayoritariamente turcas.

Alepo y dejar bien clara la hegemonía bizantina en la zona. Según la crónica ibn-Kulayb,²⁸ la misión fue acogida con alborozo por Teófilo, que había expresado en más de una ocasión su deseo de volver a los territorios del este que tan bien conocía. A la cabeza de una considerable fuerza de caballería (que incluía destacamentos de los Excubidores y de la Hetairia) e infantería,²⁹ Teófilo estableció su cuartel general en Antioquía y acto seguido reunió a los comandantes locales y a los delegados de los estrategas de la frontera para explicarles lo que el emperador esperaba de ellos. El joven César dejó bien claro que allí no había, fuera de la autoridad imperial, más voluntad que la suya.

Puesto manos a la obra, Teófilo ordenó un bloqueo comercial sobre Alepo y Egipto y se concertó con los mirdasíes –prominente clan de la tribu Banu Kilab– contra el gobernador fatimí de la ciudad, al tiempo que movilizaba un considerable ejército. Puesto ante semejante tesitura, y viendo que El Cairo estaba demasiado lejos como para recibir una ayuda inmediata, Fatik rompió con los fatimíes y se declaró independiente (1018). No cabía duda de que estaba dispuesto a llegar a un entendimiento con Bizancio y declararse vasallo del emperador, desafío que el califa al-Hakim no podía tolerar, por lo que ordenó a su gobernador de Siria que preparase una expedición de castigo contra Alepo.³⁰

Pero no contó con la reacción de Teófilo, que estaba camino de Alepo con sus tropas. Al ser informado de la movilización fatimí, cambió de inmediato de dirección y –avanzando a toda prisa por la orilla oriental del Orontes hacia el sur– sorprendió y derrotó a los fatimíes en Emesa (junio de 1018)³¹ en una batalla en la que se distinguió por su valor un joven suboficial armenio, el *skeuophoros*³² Jorge Maniakés. La victoria fue total y supuso para el califa la pérdida de la mitad de sus fuerzas en Siria, quedando muy comprometida su posición al norte de Palestina. Sin embargo, y para alivio de los egipcios, Teófilo regresó de inmediato al norte pues sus tropas eran insuficientes para explotar a fondo el éxito y lo que le interesaba era asegurar la posición romana en Alepo, donde estaba dispuesto a aceptar un pacto de vasallaje. Pero pocos días antes de llegar a Alepo tuvo noticia del asesinato de Fatik, circunstancia que aprovechó para entrar en la ciudad y anexionarla al Imperio como un nuevo *thema*, dotándola de una guarnición permanente y poniéndola a su administración bajo la autoridad de un *kourator*, tal y como ocurriera entre 968 y 975. Poco después, los fatimíes aceptaban el nuevo *status quo* y se avenían a negociar una nueva tregua de diez años.

La reconquista de Alepo fue acogida en Constantinopla con sorpresa y coincidió con el anuncio del total sometimiento de Bulgaria. Los temores a una posible guerra abierta con los fatimíes quedaron pronto superados cuando se tuvo noticia de la firma de la tregua. Una de las cláusulas del acuerdo establecía que el califa se comprometía a subvencionar buena parte de los gastos de reconstrucción de la iglesia del Santo Sepulcro y que el Imperio haría lo mismo con la mezquita de Constantinopla que, en represalia, había sido igualmente destruida. También se establecían

²⁸ ibn-Kulayb, IV.23

²⁹ ibn-Kulayb cuenta (IV.24) que el contingente estaba integrado por dos *quilarquías* de infantería (unos 2.000 hombres) y tres *turmas* de caballería, cuya fuerza no debía ser inferior en nuestra opinión a los 3.000 jinetes. En total, en torno a 5.000 hombres, aunque no todos los especialistas están de acuerdo (Warren Treadgold, *Byzantium and its Army*, Stanford University Press, 1999).

³⁰ Yahya ibn Sa`id, *op.cit.*

³¹ ibn-Kulayb, IV.25

³² Portaestandarte.

medidas para asegurar la tranquilidad de peregrinos y mercaderes y se intercambiaban nuevos embajadores. Basilio II recibió las buenas nuevas de Oriente camino de Constantinopla y no tuvo empacho en mostrar su satisfacción: «*Además de combatir, sabe hacerse respetar y negociar*» comentó a sus colaboradores.³³

Acompañado de su familia, Teófilo permaneció en Antioquía hasta 1022. Durante ese tiempo reorganizó el dispositivo militar, dotándolo de mayor flexibilidad y movilidad. En los primeros años del siglo XI fueron abandonadas numerosas fortificaciones y puestos de vigilancia y las tareas de policía de frontera habían quedado al cargo de pequeños contingentes que respondían a las órdenes de potentados locales. Teófilo, sin dejar de apoyarse en esas fuerzas indígenas, rehabilitó fortalezas situadas en “puntos calientes” de las fronteras siria y mesopotámica; también organizó unidades de caballería ligera sobre el ejemplo de las tropas beduinas árabes que actuaban de forma descentralizada en misiones de exploración y hostigamiento. El principal núcleo de fuerza lo componían unidades de caballería pesada y arqueros a caballo, tropas profesionalizadas en las que podían encontrarse tanto romanos como francos, rusos, magiares y turcos; la infantería, de menor importancia en el campo de batalla, estaba al cargo de la guarnición de las ciudades más importantes de la frontera (Alepo, Antioquía, Melitene, etc.), así como de la protección de los campamentos, el uso de la maquinaria de sitio y la colaboración con la caballería. Pero desde luego las que jugaban un papel cada vez menos importante eran las milicias territoriales de los *themas*, cuya función, primordialmente defensiva, se adecuaba mal a estos nuevos tiempos.

Por lo que respecta a la gestión de los territorios fronterizos, Teófilo sólo introdujo pequeñas mejoras y en lo esencial continuó con la acertada política de Nicéforo Uranos: buscar la colaboración de las élites locales, mantener la estructura administrativa existente y no excederse en cuestiones tributarias y religiosas.

Mientras tanto, Basilio se disponía a actuar en el Cáucaso: en 1021 concentró su ejército en Filomelion (*thema* de Anatolia) y se dirigió a Georgia para reclamar los dominios que el rey Baragat había cedido al Imperio en 1014 al no verse capaz de hacer frente a las incursiones de los selyúcidas. Tras derrotar al hijo de Bagarat, Georgi, en septiembre de 1022 y asegurar la soberanía bizantina en esas tierras, Basilio retornó a Constantinopla, desde donde ordenó a principios del año siguiente a Teófilo que se reuniese con él en la capital. Había llegado el gran momento.

El domingo de Pascua del año 6531 de la creación del mundo (14 de abril de 1023), una solemne procesión cruzó la plaza del Augusteon desde el Palacio Sagrado camino de Hagia Sofia.³⁴ Encabezaban la marcha los emperadores Basilio y Constantino, seguidos por el César Teófilo, altos cargos militares y administrativos, senadores y clérigos. Una vez en la gran iglesia, Teófilo y el patriarca Eustacio subieron al ambón donde, sobre un altar portátil, se encontraban depositadas las insignias imperiales. Eustacio pronunció una plegaria sobre la clámide púrpura antes de que Teófilo la visitiera e hizo lo mismo con la corona, que a continuación Basilio

³³ Psellós, 38.23

³⁴ ibn-Kulayb, V.1 y 2. Psellós 39.1. Este último resalta el hecho de que Basilio en persona coronase al nuevo emperador asociado. Por otro lado, la creencia de que Teófilo fue consagrado por el patriarca mediante la unción –dibujando una cruz sobre su frente– es fruto de una referencia errónea contenida en la *Historia Romana* de Nicéforo Grégoras (siglo XIV). A este respecto, ver el artículo de la filóloga Eva Latorre Broto *El mito de la consagración de Teófilo II* en la revista española *Erytheia* (26-2005).

cogió en sus manos y depositó sobre la cabeza de su sobrino-nieto mientras los presentes entonaban el Trisagio.

Tras la ceremonia religiosa, la comitiva imperial se dirigió al Hipódromo donde Teófilo –elevado sobre el pavés– recibió las aclamaciones y los juramentos de fidelidad del ejército, del pueblo, de los senadores, de los funcionarios y cortesanos. A continuación, el Hipódromo fue escenario de carreras de carros, espectáculos circenses y desfiles para regocijo de los asistentes, mientras que por las avenidas y foros eran instaladas grandes mesas donde los constantinopolitanos pudieron consumir todo tipo de viandas por cuenta de los emperadores. Fue el comienzo de una nueva era.

Teófilo en Sicilia

Aunque oficialmente fueron tres los emperadores legítimos que se sentaron en el trono de Bizancio durante dos años (1023-1025), en la práctica sólo Basilio y Teófilo eran gobernantes efectivos pues Constantino VIII siguió siendo, hasta el fin de sus días, una personalidad total y absolutamente fútil, la cara opuesta de su enérgico hermano mayor. Entregado al disfrute de los placeres que le procuraba su elevada posición, jamás sintió la más mínima necesidad de interesarse por los asuntos de gobierno o por el futuro de la dinastía. Cabe preguntarse qué habría sido de Bizancio si Basilio no se hubiese preocupado por la cuestión sucesoria o no hubiese tenido la suerte de contar con un heredero como Teófilo. Sin una dirección enérgica es más que probable que el gobierno del Imperio hubiese caído en manos de cortesanos o en las de algún general ambicioso, entrando en una época de golpes palaciegos y de inestabilidad de imprevisibles consecuencias.³⁵ Pero por fortuna para Bizancio las cosas no ocurrieron así.

En 1023 Basilio tenía 65 años, una edad ya bastante avanzada para la época. A pesar de su gran energía, el acoso del tiempo no podía dejar de hacer mella en sus capacidades por lo que, aunque continuó controlando los temas de estado, el veterano basileo fue delegando cada vez más asuntos en Teófilo. De este modo, cuando llegó el momento de hacerse cargo de la situación italiana, fue el flamante augusto el que se que embarcó camino de Bari.

Frente a las grandes campañas que tenían por escenario las tierras balcánicas y sirias, Italia era un teatro de operaciones secundario aunque no por ello menos importante, pues la seguridad de los dominios italianos y del Adriático repercutía directamente en la de Grecia. Sometidas a la doble presión de la amenaza musulmana³⁶ y de la germánica (las aspiraciones del imperio germánico sobre Italia eran permanentes), las escasas fuerzas imperiales allí desplegadas debían bregar además con los principados lombardos y las cada vez más fuertes repúblicas mercantiles (Pisa, Venecia) que aspiraban a representar su propio papel en la escena internacional. Para facilitar el gobierno y defensa de los heterogéneos territorios italianos

³⁵ A este respecto, cabe citar la magnífica novela de H. Gonsaaph *The fallen eagle* (Bradshaw Pocket Books. Londres, 1993), una ucronía en la que, de la mano de un esclavo árabe, el lector es introducido en un universo alternativo en el que Basilio II habría muerto sin designar a un sucesor capaz. Su hermano Constantino habría entregado el Imperio a sus favoritos y sólo se preocuparía de la cuestión sucesoria en sus últimos días, obligando a su ya madura hija Zoe a contraer matrimonio. Con el ejército abandonado y el gobierno en manos de eunucos y aventureros, el Imperio habría ido dando tumbos hasta el año 1071, en el que los selyúcidas –tras derrotar al emperador Romano Diógenes– se habrían hecho con el control de casi toda Anatolia.

³⁶ Sicilia había sido conquistada por los árabes entre 827 y 902.

de Bizancio (Apulia, de población latino-lombarda y obediente a Roma, y Calabria, donde predominaba la cultura griega y el culto ortodoxo), desde el año 970 quedaron sometidos a la autoridad de un *katepâno*.³⁷

Uno de los acontecimientos más delicados vividos en la Italia bizantina durante el reinado de Basilio II fue la rebelión que estalló en mayo de 1009 en Bari dirigida por Meles, adinerado individuo de oscuro y debatido origen. La revuelta no tardó en extenderse por toda Apulia, obligando a Constantinopla a enviar en marzo de 1010 a los estrategas de Samos y Cefalonia, Basilio Argyro y León Tornikios, que reconquistaron Bari y obligaron a huir a Meles. Pero éste no tardó en volver a la carga (1017), reforzado por contingentes mercenarios normandos reclutados con la ayuda de Guimar, príncipe de Salerno, siempre atento a menoscabar el dominio bizantino. Apulia se convirtió en un campo de batalla en el que el *katepâno* León Tornikios se llevó la peor parte, lo que motivó a su sustitución por Basilio Boioannes, que llegó a Italia a finales de 1017 a la cabeza de un numeroso ejército y con la bolsa repleta de oro. El nuevo *katepâno* sofocó algunas rebeliones locales, renovó la lealtad de los principados lombardos y derrotó a Meles en Cannas en octubre de 1018. El rebelde se refugió en tierras alemanas, donde murió poco después.

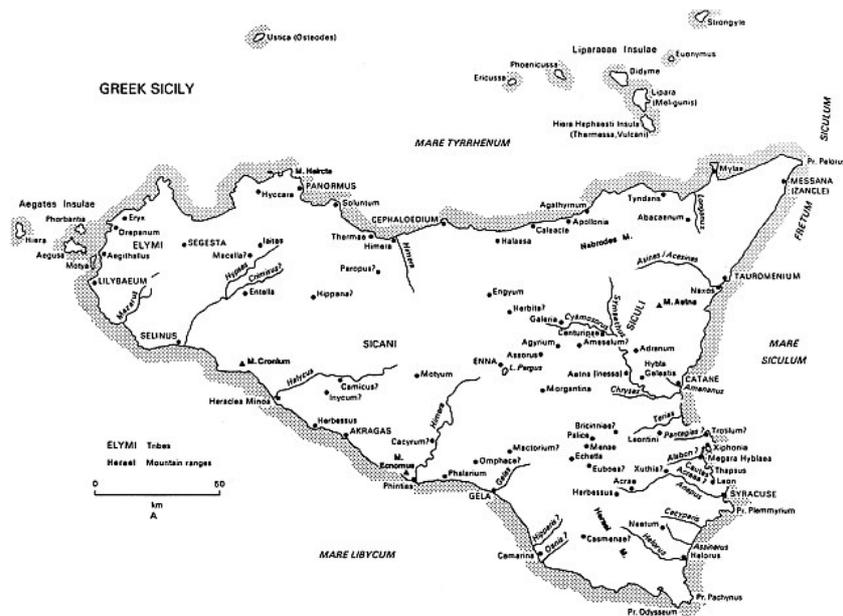
La victoria de Cannas permitió restablecer el dominio y la influencia bizantina en la Italia meridional. Boioannes reformó el sistema defensivo de los territorios bizantinos, construyendo nuevas fortalezas en el norte de Apulia y aislando al principado de Benevento. El *katepâno* también tomó medidas para controlar las incursiones musulmanas desde el sur y desplegó una notable actividad diplomática que finalmente se tradujo en la sumisión a Bizancio del principado lombardo de Capua, con lo que la autoridad imperial se extendía en la práctica hasta el centro de Italia. La reacción germánica no se hizo esperar y en 1022 el emperador Enrique II (972-1024) se presentó en Italia tratando de seguir la estela de Meles, pero la empresa resultó a la postre fracasada. Otra de las áreas de acción de Boioannes fue la del papado romano. Las irregulares circunstancias del ascenso al solio pontificio del nuevo papa Juan XIX (1024-1032)³⁸ —hermano del pontífice anterior, Benedicto VIII (1012-1024)—, fueron aprovechadas por el *katepâno* para ganar influencia y lograr el reconocimiento de una provincia eclesiástica autónoma en Apulia.

Sabemos por la crónica de ibn-Kulayb³⁹ que la favorable evolución de los asuntos italianos decidió a Basilio y a Teófilo a asegurar y ampliar el dominio imperial en la costa dálmata y, sobre todo, a reconquistar Sicilia. Sólo así podría asegurarse la tranquilidad de los territorios italianos y el dominio bizantino del Mediterráneo oriental.

³⁷ El *katepâno*, como oficial al mando de regiones fronterizas, disponía de atribuciones especiales que le permitían actuar con más libertad que un estratega. Su autoridad era total y sólo estaba sometida a la del emperador, por lo que se trataba de un cargo de corta duración. El lugarteniente del *katepâno* era, como en los *themata*, el *turmarca*. En principio el sistema defensivo italiano se basaba en la autosuficiencia, pero las milicias locales pronto se vieron desbordadas y fue preciso recurrir a ejércitos traídos de otras regiones del Imperio. Hasta las reformas de Teófilo II en la década de 1030, el papel de los contingentes locales (infantería ligera *contaratoi* o *conterati*) era muy poco importante. Para profundizar en el conocimiento de la Italia bizantina del siglo XI, remitimos al capítulo *Bizancio en Italia (siglos IX a XIII)*, de Roberto Zapata Rodríguez, en este mismo volumen.

³⁸ Juan era senador y pasó de laico a papa en un solo día gracias a una generosa política de sobornos.

³⁹ *Vida*, V.10: «[...] los Augustos decidieron que debía recuperarse la gran isla de Sicilia, tomada tiempo atrás por los sarracenos, y asentar así el señorío de los romanos en los mares y tierras de Occidente.» Todo el libro V de la obra de Kulayb está dedicado a la reconquista de Sicilia, de la que el autor fue testigo presencial al formar parte del séquito del basileo.



Mapa de la Sicilia greco-romana

Tras la definitiva expulsión de los imperiales de Sicilia en 909 por los fatimíes,⁴⁰ Sicilia se había convertido en una tierra próspera y tolerante en la que convivían cristianos, judíos y musulmanes, aunque su distribución no era homogénea pues si en el occidente siciliano predominaba la cultura musulmana, el oriente era mayoritariamente cristiano y grecoparlante. Su desarrollada agricultura se completaba con las actividades comerciales y piráticas sobre territorio cristiano. La capital, Palermo (la antigua *Panormus*), creció de forma espectacular durante la dinastía kalbita (940-1025) hasta convertirse en una de las mayores ciudades del Mediterráneo,⁴¹ pero ciudades como Mesina, Siracusa o Agrigento también prosperaron. Así pues, a Bizancio le interesaba recuperar la isla tanto por motivos estratégicos como económicos.

Con ese objetivo Teófilo embarcó en Dirraquio (marzo de 1024) a la cabeza de un ejército integrado por tropas de los *themata* de Oriente, regimientos balcánicos y contingentes rusos, reforzado por destacamentos selectos de los Tagmata.⁴² En Bari unió sus fuerzas a las de Boioannes, reclutó una gran cantidad de mercenarios normandos y esperó a que la flota imperial (reforzada con unidades venecianas) *limpiase* las aguas del sur de Italia de barcos sicilianos. Una vez alcanzado este objetivo, a mediados de mayo de 1024 el *katēpāno* cruzaba el estrecho de Mesina mientras Teófilo se embarcaba unos días después con el resto de las fuerzas rumbo a Cefalodio (Cefalú).

Tras un breve sitio las tropas de Boioannes tomaron Mesina al asalto el 25 de mayo, siendo pasada toda la guarnición musulmana a cuchillo. La rapidez con la que cayó la ciudad (gracias –según Kulayb– a la colaboración de la comunidad cristiana) cogió por sorpresa al confiado emir Ahmad al-Akhal (1019-1024), que apenas

⁴⁰ Los kalbitas gobernaron Sicilia desde 948 en nombre de los califas fatimíes del norte de África. El traslado del centro del poder fatimí a Egipto permitió a los kalbitas hacerse prácticamente independientes.

⁴¹ Bal'harm o Palermo quizás alcanzase los 200.000 habitantes en el siglo XI.

⁴² Para la reconquista de Sicilia el Imperio movilizó unos 60.000 hombres, de los que 40.000 eran soldados de infantería y caballería y el resto marineros y remeros. El relato de ibn-Kulayb da abundante información al respecto, que puede complementarse con otras crónicas. Boioannes empezó la campaña con un contingente de unos 24.000 hombres y Teófilo desembarcó en el norte de la isla con unos 15.000.

tuvo tiempo de reunir un nuevo ejército y despacharlo a la región del estrecho sólo para ver cómo era destruido junto al río Himera (10 de junio) por Teófilo, desembarcado en el norte de la isla una semana antes. Tras esta fundamental victoria el basileo avanzó con sus tropas hacia Palermo, que pronto fue bloqueada por la flota imperial. La cercanía de las fuerzas bizantinas decidió a al-Akhal a abandonar precipitadamente la ciudad para refugiarse en el occidente de la isla y reorganizar sus fuerzas. La huida del emir y de su corte desató el pánico en la capital siciliana. Temiendo un asalto sangriento, el gobernador de la ciudad envió una embajada a Teófilo ofreciendo la rendición. El 15 de junio de 1024 el basileo entraba en Palermo sin necesidad de derramar una sola gota de sangre.

La noticia de la inesperada e incruenta caída de Palermo no tardó en ser conocida en Italia, donde fue recibida con inmensa alegría. Legiones de voluntarios lombardos, italianos y normandos se aprestaron a ponerse a las órdenes de Bizancio: la perspectiva de un jugoso botín hizo que se olvidaran las anteriores renuencias a servir bajo los estandartes imperiales.

Al tiempo que Teófilo entraba en Palermo y se hacía con el tesoro del emir,⁴³ Boioannes consolidaba las posiciones imperiales en la región de Mesina y reforzaba su ejército con nuevos contingentes llegados de la península para a continuación avanzar sin oposición por la costa oriental tomando Taormina a finales de junio. Tras aniquilar a la guarnición de Catania el veterano *katépâno* avanzó sobre Siracusa a principios de agosto. Aislada por tierra e interrumpidas las comunicaciones marinas por la acción de la flota romana, el miedo y la falta de agua y de alimentos ocasionaron una rebelión de la población que forzó la rendición de la ciudad el 30 de septiembre de 1024.

La fácil conquista de Palermo fue aprovechada por Teófilo para hacerse con el control de todo el litoral septentrional de Sicilia. Encomendó la misión a su amigo Constantino Maketarios, que, a la cabeza de una fuerza de 5.000 hombres avanzó en dirección a Mesina, ciudad que alcanzó a mediados de julio. La única resistencia sería que encontró fue la de un contingente de caballería bereber a la altura de Apolonia, que fue dispersado sin dificultad.

Mientras, el emperador reforzaba sus huestes con más tropas normandas e italianas y se preparaba para atacar el occidente y el centro siciliano, las regiones más islamizadas de la isla. En los primeros días de septiembre salió de Palermo con su ejército, pero en lugar de avanzar costeando hacia Lilibeo –donde se había refugiado al-Akhal–, Teófilo siguió el curso del Hypsas hasta Selino y luego cruzó el Mazaro hasta Lilibeo, cayendo sobre la retaguardia del ejército enemigo en la madrugada del 9 de septiembre. En esa jornada las fuerzas musulmanas fueron prácticamente destruidas y el mismo emir hecho prisionero.⁴⁴

Tras ese nuevo triunfo Teófilo se dio un paseo militar por la región recibiendo la sumisión de las villas y ciudades; a continuación se dirigió hacia el sudeste para penetrar en la Sicilia central a través del río Halyco, alcanzando Enna (junto al lago Pergo) a mediados de octubre. Sólo la llegada del invierno detuvo el imparable avance bizantino: Teófilo se retiró a Palermo en tanto que Boioannes regresó a Italia para atender la administración de los dominios bizantinos en la península, re-

⁴³ Ibn-Kulayb afirma (V.21) que el monto del tesoro ascendía a unas 100.000 libras de oro.

⁴⁴ El emir y su familia disfrutaron de un exilio dorado en Nicea. A partir de aquí, su rastro se pierde en la historia.

tornando en la primavera siguiente para someter los últimos focos de resistencia musulmana en Ragusa y Agrigento, así como en algunas zonas del interior. Para el verano de 1025 la práctica totalidad de la gran isla mediterránea estaba sometida a la autoridad del Imperio.

La conquista de Sicilia no sólo tuvo una enorme repercusión en el Imperio, sino en toda la Europa cristiana, donde el prestigio de Bizancio alcanzó cotas sólo superadas años más tarde con motivo de la expedición a Palestina. Pero sería en el mundo musulmán donde supondría una sacudida sin parangón. Sicilia, la isla cuya conquista para el Islam había tardado tantos años en completarse, había caído de nuevo en manos de los *Rumi* en unos pocos meses. Especial preocupación y lamento supuso la noticia en el califato fatimí, cuya teórica soberanía sobre la isla había sido violentada. Previniendo cualquier acción de represalia, los bizantinos habían reforzado sus posiciones en Siria septentrional y en Mesopotamia, pero no hubo una reacción fatimí más seria que una airada carta de protesta remitida a los augustos emperadores romanos por el irritado califa al-Zahir (1021-1034). La tregua de 1018 se mantuvo y pronto las aguas volvieron a su cauce.

Antes de regresar a Constantinopla el basileo quiso dejar bien organizada la administración y defensa de Sicilia. La sería gobernada durante años por un *episkeptitai* (el primero sería Constantino Maketarios) que respondía ante el *katépâno* de Italia. Los territorios orientales y septentrionales –donde predominaba la población cristiana– fueron estructurados según el modelo *temático* pero los occidentales mantuvieron durante un tiempo la organización musulmana preexistente, tal y como se venía haciendo en la frontera oriental del Imperio. En esta misma línea, la tolerancia religiosa se convirtió en la norma, pese a las protestas de algunos sectores de la jerarquía eclesiástica.

Por lo que respecta a la defensa, tras la conquista fueron retiradas la mayoría de las tropas, excepto un contingente de unos 6.000 hombres que quedó como guarnición permanente. Pero más importante fue la creación de una flota regional con base en Siracusa con la misión de patrullar las aguas del sur de la isla para prevenir incursiones y acciones corsarias procedentes del Norte de África. En 1029 el Imperio y Venecia acordaron compartir las tareas de vigilancia, disponiendo los venecianos de su propia base en la antigua Gela.

En octubre de 1025 Teófilo regresó a Constantinopla, donde fue recibido con todos los honores por Basilio y Constantino, celebrándose la mayor ceremonia triunfal que la ciudad conociera desde los días de Nicéforo Focas. Poco después, el 15 de diciembre de 1025, el gran Basilio II exhaló su último suspiro dejando el destino del Imperio en las enérgicas manos de Teófilo, que en ese momento contaba sólo 32 años, disfrutaba de una autoridad incontestada, del aprecio y admiración de sus súbditos, de un Imperio próspero y de una tesorería repleta gracias a la buena gestión de Basilio y al inmenso botín ganado en Sicilia (Psellós afirma en su *Cronografía* que las arcas imperiales rebosaban con más de 300.000 libras de oro a la muerte de Basilio). Bizancio era en 1025 la única “superpotencia” del mundo euro-mediterráneo y sólo cabía preguntarse si el Imperio se encontraba en el cénit de su poderío o si sólo estaba en la antesala de esa situación.



El imperio bizantino a la muerte de Basilio II (1025)

Unos años pacíficos (1025-1033)

La muerte de Basilio no se tradujo en grandes cambios en lo que a la administración del Imperio se refiere. Teófilo conocía y respetaba a los principales colaboradores de su tío-abuelo, así que ratificó en sus cargos a la mayoría de ellos, incluido el patriarca Alejo *el Studita*, designado por Basilio en su lecho de muerte. Por su parte, el gran Boioannes se mantuvo en su puesto en Italia hasta su retiro en 1030, siendo sustituido en el gobierno de la Italia peninsular por su lugarteniente Cristóforo Burgaris, aunque Teófilo no le concedió la supervisión de los asuntos sicilianos, que quedaron exclusivamente al cargo de Constantino Maketarios. La amistad entre Teófilo y Constantino quedó consolidada cuando en 1027 el emperador le entregó la mano de su hermana Irene, viuda y única heredera de un viejo pero enormemente rico terrateniente de Opsikion. Más tarde (1035), Constantino sería distinguido con el rango de *protoespatario* y nombrado *katepâno* de Italia con autoridad sobre Sicilia y las ciudades adriáticas. Trasladado a Bari, Constantino delegaría los asuntos sicilianos en el su buen amigo, el famoso Catacalon Cecaumeno, hasta entonces estratega del *thema* de Armeniakos.

Una de las figuras que más influyentes en Teófilo fue su esposa Teodora, coronada como emperatriz en la primavera de 1026 en una ceremonia⁴⁵ en la que también fue proclamado César su primogénito Romanos (el joven León lo sería en 1032). Otros familiares que jugarían un importante papel en el futuro de su reinado fueron sus hermanastros Isaac (que entró a su servicio como *protovestiaros* en 1028) y Juan, que todavía era un niño cuando Teófilo lo hizo acudir a Constantinopla tras la muerte de su padre para ser educado conforme a los elevados cargos y dignidades a los que estaba destinado. El viejo Manuel Erotikos no sobrevivió a Basilio II, pero tuvo tiempo de ver a su hijo mayor convertido en emperador y disfrutar unos meses de los privilegios reservados a la dignidad de *basileopator* o “padre del emperador”.

⁴⁵ La coronación de Teodora tuvo lugar en uno de los salones del Palacio Sagrado, en presencia del patriarca y de altos dignatarios. A continuación, la *Eusebestai Augusta* (“la más pía Augusta”) salió a uno de los balcones del palacio para recibir las aclamaciones del pueblo (ibn-Kulayb, VI.3).

Otro de los personajes que más cerca estarían de Teófilo en el futuro sería Jorge Maniakés, quien había dado muestras sobradas de su valor y buen hacer en Siria y Sicilia. Sus virtudes no pasaron desapercibidas y tuvo una rápida promoción. En 1027 era ya *topoteretés* (lugarteniente) del pequeño *thema* de Teluk, en el Tauro, y sólo dos años más tarde se convirtió en estrategia de ese territorio, donde no tardó poner coto al bandidaje de grupos beduinos. Estas y otras acciones le valieron el ascenso a *katépâno* de la Baja Media, en el Alto Éufrates. Desde allí –y cumpliendo las órdenes de Teófilo– organizó la toma de Edesa en 1032. No fue una tarea fácil porque la resistencia musulmana fue dura y hubo que movilizar un número considerable de tropas procedentes de Teluc, Alepo y Samosata para poder asegurar la reconquista de esa importante ciudad caravanera que ya fuera ocupada por los Juan Kurkuas en 944.⁴⁶ En recompensa a ese éxito, Maniakés recibió el rango de patricio.

Quien no contaba para nada en los planes de Teófilo era su abuelo, el viejo emperador Constantino. Su muerte en noviembre de 1028 (y el ingreso en sendos conventos de sus hijas Zoe y Teodora), permitió a Teófilo imponer de forma definitiva su propio programa y reformar en profundidad el protocolo cortesano, que fue drásticamente simplificado, haciendo más incapié en la figura del emperador como “caudillo” que como “vicario de Cristo” (nunca demostró Teófilo especiales inquietudes religiosas). La consecuencia fue que algunos cortesanos aúlicos y eunucos terminaron sus días en monasterios o en el exilio y que la tesorería imperial agradeció la reducción del ceremonial cortesano.

En estrecha relación con esta reforma se produjo el paulatino abandono del Palacio Sagrado como residencia imperial. Si bien se mantuvo para ciertas ceremonias, festividades y audiencias, ni Teófilo ni su familia vivieron en el decrepito recinto. Durante los primeros años el basileo residió de forma periódica en alguno de los distintos palacios existentes en Constantinopla y sus alrededores.⁴⁷ Pero ninguno parecía satisfacer del todo a Teófilo y como consecuencia en 1029 ordenó la construcción en Deuterón de la que sería conocida simplemente como *basiliké oikía*, la “Casa del Basileo”. Psellós e ibn-Kulayb la describen como una amplia y luminosa residencia, inspirada en los palacios y alcázares árabes que Teófilo conociera y disfrutara durante muchos años en Oriente y alejada del pomposo y recargado modelo del Palacio Sagrado. Rodeada de un amplio jardín, la nueva residencia imperial se organizaba sobre pabellones abiertos a patios porticados adornados con fuentes y esculturas, contaba con amplias estancias embellecidas con mosaicos, magníficos baños inspirados en los lujosos *hammam* que Teófilo frecuentara en su juventud, una par de bibliotecas y varias capillas, etc. La arqueología ha confirmado que la *basiliké oikía* ocupaba unas seis hectáreas y sabemos que fueron trasladados a la nueva residencia parte de los tesoros artísticos almacenados en el Palacio Sagrado, que en el siglo XII fue parcialmente demolido para dar paso a nuevas y espléndidas construcciones más acordes con las necesidades de la dinastía de los Comneno.

La actividad constructora de Teófilo no se limitó a su propio palacio, sino que se extendió por toda Constantinopla, Tesalónica, Nicea y otras ciudades del Imperio gracias al saneado estado de las finanzas públicas. La capital contempló no sólo la

⁴⁶ Ocasión en la que se recuperó el famoso *Mandyllion* con la imagen de Cristo.

⁴⁷ Entr otros, el palacio de la Fuente; el de Hebdomon, en la parte europea de la Propóntide; el del Boukoleon, junto al mar de Mármara o el de Hieria, en Calcedonia.

rehabilitación y reparación de cisternas, fuentes, iglesias y edificios públicos, sino también la construcción de nuevos elementos urbanos como la famosa cisterna de Teodosio, el nuevo palacio del eparca, los baños de Petrión, la iglesia de la Santa Madre de Dios, etc. Plazas, mercados, puertos, almacenes e incluso hospitales y viviendas para pobres pusieron al día la fisonomía de una Constantinopla que en 1040 alojaba no menos de 400.000 personas. En nuestros días, una inscripción cincelada en un pequeño obelisco emplazado en el centro de la *spina* del hipódromo nos recuerda la gran restauración de la que fue objeto entre 1032 y 1035 y que fue celebrada con carreras y espectáculos de todo tipo.

Naturalmente, para sostener esta política de gasto público, al tiempo que se mantenía bien engrasada la maquinaria militar y administrativa, era preciso mantener un flujo constante de ingresos, tanto fiscales como patrimoniales en efectivo y en especie. En este sentido, pocas cosas cambiaron respecto a la política seguida por Basilio II: reducción de exenciones fiscales, control del gasto hasta la última moneda, rotundas medidas contra la evasión fiscal –especialmente entre las clases privilegiadas–,⁴⁸ aumento de las inspecciones en las aduanas de ciudades, puertos y mercados, revisión periódica del catastro, reforzamiento del control de la administración provincial,⁴⁹ etc. Ni siquiera los hábiles mercaderes venecianos escaparon al control imperial, pues por un tratado de 1036 sabemos que a cambio de la autorización para comerciar en las principales ciudades del Imperio debían pagar un tributo anual de 5.000 libras de oro. Sabemos que en 1040 los ingresos anuales del estado bizantino rondaban los siete millones y medio de *nomismata*.⁵⁰ El aumento de la masa monetaria en circulación y el estímulo a la agricultura, a la artesanía y al comercio (la medida más destacada al respecto fue la reducción del impuesto *kommerkion* del 12% al 6%) fueron algunas de las herramientas empleadas por Teófilo y sus colaboradores para asegurar la adecuada financiación de sus ambiciosos objetivos.



Miliaresia (moneda de plata) del reinado de Teófilo II

Una de las medidas más debatidas por los historiadores fue la decisión de permitir que, excepto en las regiones fronterizas más expuestas, las obligaciones militares de los *stratiotas* fueran sustituidas por un impuesto anual. Se ha argumentado que esa medida dio un golpe mortal al sistema *themático* existente hasta enton-

⁴⁸ El impuesto *allelengyon* obligaba a los terratenientes al pago de los impuestos de los pobres. Este impuesto basado en la antigua práctica del pago solidario de impuestos, continuó vigente hasta finales del siglo XI en los términos impuestos por Basilio II.

⁴⁹ Teófilo reforzó el cuerpo de inspectores (*εποπται*) a las órdenes del logoteta del dromo.

⁵⁰ Warren Treadgold, *Byzantine state finances*. New York, 1982. Por aquél entonces, según se desprende de los informes catastrales y registros del fisco, así como de recientes trabajos de demografía histórica, la población del Imperio sumaba unos 18 millones de personas.

ces, pero como se han encargado de señalar historiadores (véanse a este respecto los interesantes trabajos de Haldon⁵¹ o de Treadgold sobre el ejército bizantino), tal medida en realidad no era otra cosa que el reconocimiento de que el modelo de ejército basado en las milicias territoriales de los *themata* ya no era el más adecuado para un imperio en expansión: mejor que una milicia de granjeros a tiempo parcial era un ejército profesional permanente, sin duda más pequeño, pero muy preparado y capaz de sostener campañas de larga duración a respetables distancias. Desde el siglo XI los grandes contingentes militares (a excepción de los Tagmata) permanecían acantonados en las regiones fronterizas o cerca de ellas (Italia, los Balcanes, Armenia, Mesopotamia o Siria), mientras que en los *themata* interiores –en los que reinaba desde tiempo atrás una situación de paz y tranquilidad– las únicas tropas existentes en lo sucesivo fueron las pequeñas fuerzas destinadas a la escolta de los estrategas, las guarniciones de las principales ciudades y tareas de policía y seguridad interior; en cualquier caso nunca más de 1.000 ó 2.000 hombres por provincia.



Alto oficial bizantino y mercenarios normandos edl siglo XI (Angus McBride)

⁵¹ Haldon, J.F., *Warfare, State And Society In The Byzantine World 560-1181*. Stanford, 1997. Treadgold, Warren, *The Byzantine Army 284-1081*. Stanford, 1995.

Sabemos por diversas fuentes y estudios que el ejército y la flota durante el reinado de Teófilo estaban integrados por unos 165.000 hombres.⁵² Teófilo heredó de Basilio II una poderosa y bien engrasada máquina de guerra; el ejército bizantino del siglo XI estaba formado en buena parte por profesionales, tanto voluntarios individuales como contingentes mercenarios de múltiples orígenes: romanos, armenios, rusos, italo-lombardos, árabes, búlgaros, escandinavos, francos, normandos... Estos últimos empezaron a ser muy numerosos tras la conquista de Sicilia y eran especialmente apreciados por Teófilo por su valor y su capacidad como jinetes pesados, aptitud que les hacía más flexibles que los famosos guerreros rusos al servicio del Imperio. No debió ser tarea fácil integrar hombres de orígenes tan diferentes en un único ejército organizado de forma racional y eficiente, dotado de servicios inimaginables en la Europa occidental de su época (ingenieros, artilleros, médicos y camilleros, especialistas en castramentación y logística, etc.), y la extrema dureza del código penal militar nos indica que la disciplina era considerada como algo fundamental. En tanto en cuanto el estado bizantino fue capaz de sostener ese entramado multinacional, el Imperio no tuvo mucho que temer de sus enemigos. Pronto esa espléndida maquinaria militar tuvo que ponerse en marcha para responder a un nuevo desafío.

La gran campaña siria (1036-1037)

La victoria de Teófilo en Emesa en 1018 sobre los fatimíes había permitido a los bizantinos conquistar Alepo y alcanzar una tregua muy favorable para sus intereses que en líneas generales fue respetada durante los califatos de al-Hakim y al-Zahir. Pero en los dos últimos años de gobierno de este último califa las cosas empezaron a cambiar y la cuerda a tensarse. La conquista de Edesa en 1032 por Jorge Maniákés y la defección del emir de Trípoli, ibn-Zairah, que se pasó al bando imperial, había hecho sentir a los fatimíes que la soga de Bizancio se ceñía un poco más sobre sus dominios en Siria meridional. La reacción fue una acción militar sobre Trípoli que se tradujo en la expulsión del emir de la ciudad.

Pero si los fatimíes esperaban que Teófilo permaneciese indiferente, se equivocaron: una potente fuerza que incluía contingentes rusos comandada por el protoespartano Teoctisto expulsó a los fatimíes y restableció a ibn-Zairah, mientras que la flota romana hacía una demostración de fuerza ante Alejandría. El *status quo* pareció restablecido y la crisis podría haberse cerrado ahí, dando paso a la diplomacia y a una nueva tregua concluida a en términos similares a las anteriores. Pero la muerte de al-Zahir y su sucesión por su hijo al-Muntasir (1035-1094) bajo la regencia de su madre, había sido aprovechada por los elementos más belicosos de la corte egipcia para imponer sus tesis y tratar de sorprender a los bizantinos con un ataque relámpago sobre Antioquía y Alepo (mayo de 1035) con el que forzar un nuevo acuerdo más favorable. Y en efecto, los imperiales fueron sorprendidos, pero

⁵² Durante el reinado de Teófilo los regimientos Tagmata fueron potenciados hasta alcanzar un total de 24.000 hombres. En torno a 1050 estaban destacados en Italia y Sicilia unos 11.000 hombres (sin contar los destacamentos navales y las milicias locales); en los Balcanes y el Danubio, 20.000; en las regiones fronterizas de Georgia y Armenia estaban desplegados otros 20.000 hombres; 12.000 en Mesopotamia; 8.000 en la Siria septentrional y 10.000 en Siria-Palestina. A estos 105.000 hombres se unían otros 30.000 repartidos entre los pequeños destacamentos (también llamados *Tagmata*) al servicio de los estrategas de los *themas* interiores y otros tantos en la marina. Lamentablemente no se dispone de informaciones tan precisas para las fuerzas de policía fuera de Constantinopla.

no tardaron en reaccionar, y lo hicieron en una escala y con contundencia que los egipcios no esperaban:

«Enterado Teófilo del avance sarraceno sobre sus provincias sirias, ordenó la inmediata movilización del ejército y acompañado de la guardia imperial se dirigió a Tarso donde esperó a reunir a sus hombres, en número de 40.000. El ejército fue dividido en dos cuerpos; uno, al mando del doméstico de Oriente, Jorge Maniakés, avanzó hacia Alepo, donde se enfrentó a los árabes y los derrotó en una sangrienta batalla; Teófilo, con el resto, se dirigió a Antioquía y la libró del acoso sarraceno, persiguiendo a sus enemigos hasta más allá de Trípoli. Liberada Siria, el emperador se reunió en Antioquía con sus generales y decidió dar a los sarracenos un escarmiento que jamás podrían olvidar.»⁵³

Psellós se muestra menos conciso y nos da las claves reales de la nueva campaña siria: simplemente, Teófilo estaba harto de aguantar las provocaciones y bravuconadas fatimíes. Era perfectamente consciente de la abrumadora superioridad militar romana, no sólo en lo que al tamaño del ejército concernía (cautó a uno sin contar las fuerzas aliadas), sino sobre todo a los recursos movilizables. Sin otras amenazas externas a la vista, el Imperio disponía en Siria casi del doble de tropas que los egipcios (cuya moral no era demasiado alta tras la última derrota ante Maniakés y la apresurada retirada ante Teófilo) y además contaba con la inestimable ayuda de una poderosa escuadra dueña del Mediterráneo oriental desde Sicilia a Chipre. Una oportunidad como aquella difícilmente volvería a presentarse. Así pues, Teófilo dio largas durante semanas a los embajadores fatimíes, sin molestarse siquiera en considerar la propuesta de tregua que portaban, mientras enviaba con discreción a sus propios legados ante diversos emires de la costa y el centro de Siria con el objetivo de comprar su lealtad, o al menos su silencio, a golpe de oro y de dignidades. Gran importancia tuvo el conseguir la neutralidad de los buwayíes o buyíes chiítas de Mosul y de diversas tribus del desierto sirio, lo que se logró desembolsando muy generosas dádivas.

Al fin enterados de estas maniobras e inquietados por la permanencia en la Siria bizantina de un poderoso contingente militar, los fatimíes enviaron una nueva embajada ante Teófilo a principios de 1036, encabezada, como la del año 1000, por el patriarca de Jerusalén. Recibido en Antioquía con gran pompa por el basileo, el patriarca expuso la propuesta califal, pero la respuesta que recibió fue clara y concisa: *«No hay nada que negociar ya, Santidad. Procura por el bien de todos que Jerusalén no cierre las puertas a mis hombres».*

Antes de que la embajada pudiera regresar, las fuerzas imperiales se pusieron en marcha (marzo de 1036). Teófilo condujo personalmente unos 25.000 hombres a lo largo de la costa libanesa, apoyado por parte de la flota, sin encontrar apenas oposición por parte de las guarniciones fatimíes de las ciudades del litoral. Al mismo tiempo, Maniakés, que avanzaba hacia la Siria central con 12.000 soldados, destruyó un contingente fatimí al norte de Homs mientras que en la costa las ciudades de Biblos, Berytus, Sidón y Tiro abrían sus puertas a Teófilo. Tras unos días de descanso en la última de las ciudades citadas, el emperador dejó el grueso del ejército al mando del duque de Antioquía, Nicetas, y en compañía de su hijo mayor Romanos y un contingente selecto de caballería de los Tagmata reforzado con des-

⁵³ Ibn-Kulayb, VI.10

tacamentos rusos y normandos (unos 5.000 hombres, según ibn-Kulayb) se dirigió hacia Damasco, desde cuyas murallas ya se vislumbraban los estandartes de Maniakés. Allí encontraron al emperador y su doméstico al grueso de las fuerzas fatimíes, cuyos comandantes cometieron el error de tratar de resolver la situación mediante una única gran batalla campal. La victoria de Damasco (12 de abril)⁵⁴ abrió a los bizantinos las puertas de esa ciudad y con ella las de toda Siria meridional y Palestina.

Poco podían hacer los egipcios para tratar de evitar el desastre, pues al tiempo que sus fuerzas eran machacadas en Siria la flota bizantina destruía la escuadra fatimí ante Alejandría, que poco después era tomada por el protoespartario Teoctisto (17 de abril) a la cabeza de un contingente de varios miles de hombres. Este desembarco no tenía desde luego como objetivo iniciar la conquista de Egipto, sino simplemente de atar de pies y manos a los fatimíes mientras el emperador consolidaba su campaña de reconquista sirio-palestina, mucho más planificada y con objetivos más concretos que la rápida *razzia* efectuada por Juan Tzimiskés medio siglo antes.

Teófilo permaneció en Damasco unas semanas, mientras recibía tropas de refresco y sometía los últimos núcleos de resistencia en territorio sirio. Tras reafirmar la lealtad de diversos emires de la región, dejó a su hijo Romanos al cargo del gobierno en Damasco y se dispuso a progresar de nuevo hacia el sur. Su estrategia no varió gran cosa: un doble avance terrestre por el litoral y la región central apoyado por un contundente despliegue naval. Sin apenas oposición, en pocos días sus hombres alcanzaron el lago Tiberíades entrando en Palestina. Siguiendo el valle del Jordán hasta Jericó por un lado y bajando por la costa hasta Cesarea y luego hasta Ascalón por otro, los bizantinos no tardaron en presentarse ante los muros de Jerusalén. No hubo la más mínima resistencia y el 5 de mayo de 1036 Teófilo II entraba en la ciudad tres veces santa:

*«[...] Escortado por su guardia y avanzando en medio de un pasillo abierto por sus soldados entre la multitud congregada, el emperador recorrió a pie la distancia que le separaba de la nueva iglesia del Santo Sepulcro. Le seguían sus principales generales, el patriarca de Jerusalén, el representante del patriarca Alejo y los principales notables de la ciudad, tanto cristianos como mahometanos. Los vítores y el griterío sólo se apagaron cuando Teófilo, con total humildad, se descalzó, se quitó la armadura ceremonial y el manto de púrpura y tan sólo ataviado con una túnica entró en la iglesia.»*⁵⁵

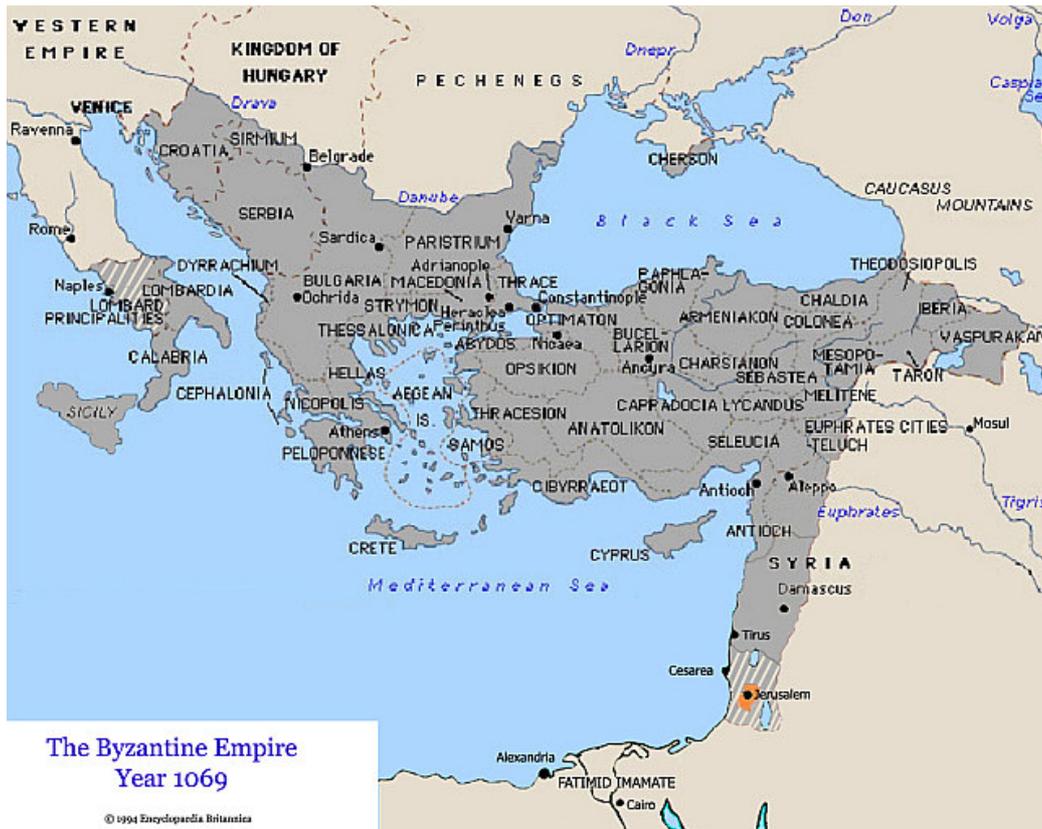
La reconquista de Jerusalén fue recibida con gran alborozo en Constantinopla, pero causó aun más impresión en Europa occidental, donde ya no cabía duda alguna de que Dios estaba del lado del basileo de los romanos. En el oriente musulmán y en la fragmentada al-Andalus la noticia también cayó como una bomba, causando gran desolación, pero poco era lo que podían hacer.

Perdida la mayor parte de Palestina, viendo al ejército imperial a las mismas puertas de Egipto, con Alejandría ocupada y con su misma posición amenazada por una crisis política interna, los consejeros del joven al-Muntasir aceptaron de buen

⁵⁴ Una completa y emocionada descripción de la batalla puede encontrarse en la *Vida* de Kulayb (VI, 13), que fue testigo presencial de la misma.

⁵⁵ Ibn-Kulayb (VI, 16).

grado la embajada bizantina que le entregó una carta de Teófilo en la que proponía la firma de un tratado de paz con una vigencia inicial de diez años. La oferta era generosa: retirada de las tropas imperiales de Alejandría, libre acceso de los musulmanes a Jerusalén (que quedaba bajo la autoridad del patriarca de la ciudad) y compromiso de no invadir los dominios egipcios al sur del Mar Muerto a cambio del pago de un soportable tributo y de la renuncia fatimí a cualquier reclamación sobre los territorios conquistados por Teófilo, amén de un acuerdo comercial beneficioso para ambas partes. Firmado el tratado en el otoño de 1036, Teoctisto evacuó Alejandría y se inició un largo período de paz y relaciones cordiales entre ambos estados.⁵⁶



El Imperio bizantino a la muerte de Teófilo II

Teófilo pasó el invierno a caballo entre Jerusalén, Damasco y Cesarea organizando los nuevos dominios del Imperio. Algunas ciudades de la región costera de la Siria meridional fueron incluidas en el *thema* de Antioquía, pero la mayor parte del territorio hasta Gamala (Palestina) quedó bajo dependencia de Damasco, donde se estableció un *katepânato* cuyo primer responsable fue Jorge Maniakés. Como era habitual, se respetó la estructura administrativa previa, aunque buena parte de los cargos de confianza recayeron en destacados representantes de la comunidad cristiana. El emperador hizo especial incapié en la importancia de respetar a la población musulmana y a sus costumbres, además de no abusar de la fiscalidad, pues los botines obtenidos en la campaña, así como el tributo al que debían hacer frente los

⁵⁶ Las buenas relaciones entre Bizancio y los fatimíes quedaron demostradas en 1050, cuando el emir de Ifriquiyya al-Mu'izz ibn Badis rechazó la soberanía fatimí y solicitó a Bagdad el envío de un legado para que le tomase juramento de fidelidad; más el embajador abásida fue retenido al atravesar el territorio bizantino y al poco despachado a El Cairo, donde fue tratado de forma afrentosa para posteriormente ser devuelto a Bagdad vía Constantinopla (1052).

egipcios eran más que suficientes para hacer frente a los gastos militares y administrativos. No en balde, el profesor Treadgold afirma que durante los años siguientes el dominio bizantino en Siria y Palestina fue subvencionado en parte por el imamato fatimí.⁵⁷

En cuanto a Palestina, Teófilo obró con prudencia. Entregó el gobierno y la seguridad de ciudades, campos y caminos a las élites locales, a las que concedió casi total autonomía en asuntos internos. Nombró como *basilikos* de Cesarea a Nicetas, que fue sustituido como duque de Antioquía por Constantino Ducas. En general, el *status* del territorio palestino era más similar al de un protectorado que al de una provincia. Muy poco cambiaron las cosas para la población local que se benefició de un período de prolongada paz. Las únicas tropas bizantinas que podían verse estaban en Damasco, Cesarea (una base naval) y en algunas plazas fuertes en la línea fronteriza entre Gaza y Mutah (al este del Mar Muerto). Diversos acuerdos con tribus beduinas aseguraron durante el resto de su reinado la seguridad de la frontera del desierto, aunque también desplegó en la zona unidades especiales de caballería ligera.

Satisfecho con el inmenso éxito obtenido, Teófilo retornó a Constantinopla en la primavera de 1037, donde celebró un nuevo triunfo, el segundo de su reinado. Durante unos meses se sucedieron las embajadas que venían a presentar sus respetos al poderoso autócrata desde El Cairo, Mosúl, Kiev, Roma, Túnez, al-Andalus... A sus 44 años, Teófilo se había convertido en el emperador más grande desde Justiniano y gracias a la acción de su predecesores y de él mismo, el Imperio había recuperado la práctica totalidad de los territorios perdidos frente al Islam desde los días de Heraclio, con la sola excepción de Egipto, aunque la campaña siria había dejado claro que, de desearlo, también el califato fatimí podría haber caído bajo su dominio. Pero eso no hubiera tenido demasiado sentido y no habría reportado ninguna ventaja a Bizancio, cuyas fronteras ya eran lo suficientemente extensas. Ahora tocaba una tarea si cabía más ardua que la de la conquista: la de administrar con eficacia y buen tino unos dominios diversos habitados por gentes de distintos credos. Y a esa tarea se encomendó Teófilo durante el resto de su reinado: la época de las grandes campañas de conquista había terminado.

Un Imperio en su apogeo (1038-1069)

Los siguientes 30 años del reinado de Teófilo se caracterizaron por una relativa calma. Aunque Bizancio se vio implicado en conflictos que afectaban a zonas periféricas (frontera danubiana, Italia, Armenia), la mayor parte de los territorios imperiales iniciaron un largo período de paz y prosperidad sólo alterado por algunos incidentes episódicos.

Desde la segunda mitad del siglo XI la urbanización creció de forma notable en las zonas litorales de Grecia, Macedonia, Asia Menor y Siria y en las feraces tierras regadas por el Tigris y el Éufrates. Por el contrario, el interior de la península anatólica –cuya economía se basaba en la agricultura extensiva de los grandes latifundios y las actividades ganaderas– continuó experimentando una creciente despoblación. Los flujos migratorios beneficiaron a las grandes ciudades como Constan-

⁵⁷ Warren Treadgold, *Byzantine Palestine (1036-1183)*. New York, 1998. Para las relaciones entre Bizancio y los fatimíes a todo lo largo del siglo XI, véase también *Las relaciones diplomáticas entre Bizancio y el Imamato Fatimí durante el siglo XI d.C.* de Gustavo Turienzo Veiga (Instituto Burguiba de Lenguas Vivas, Túnez).

tinopla, Tesalónica, Tarso, Antioquía o Jerusalén, pero en especial a las ciudades provinciales que, como Éfeso, Atenas, Filadelfia o Nicea, vivían un notable renacer desde al menos un siglo antes. El gobierno imperial trató de mejorar en la medida de lo posible las condiciones para la actividad comercial y artesanal, reconstuyendo calzadas y puertos, reformando la organización del sistema de correos, estimulando la celebración de ferias locales y provinciales, etc. Durante estos años Teófilo realizó diversas visitas a las principales ciudades y provincias del Imperio, supervisando la administración y las obras públicas.

En lo que al comercio internacional se refiere, el Imperio controlaba ahora cuatro rutas de gran importancia. La primera era la de las manufacturas de gran valor, especias y materias primas procedentes del Extremo Oriente que desembocaba en Siria y Palestina a través del Golfo Pérsico y el Mar Rojo; la segunda era la que hacía llegar a Occidente oro y esclavos africanos a través de Sicilia y los territorios italianos; la tercera era la ruta balcánica, que suministraba al Imperio plata y materias primas; la cuarta y última era la que a través del Mar Negro conectaba con las estepas rusas en las que se conseguían materias primas, pieles y esclavos. La intensidad de los intercambios alcanzó tal nivel que podría decirse que Bizancio, el mundo islámico e Italia –donde las repúblicas mercantiles empezaban a hacer sentir su fuerza– constituyeron una especie de próspero “mercado común” frente al que la Europa feudal occidental, aunque también en franco crecimiento, no era más que una zona subdesarrollada.

La nueva *pax romana* no evitó problemas menores, como fueron los ocasionados por las actividades de los corsarios africanos. Los destacamentos navales imperiales y venecianos desplegados en Sicilia y el sur de Italia ejercían una eficiente labor de policía marítima, aunque no siempre alcanzaban su objetivo, como por ejemplo en 1027 y de nuevo en 1035 cuando sendas flotas corsarias lograron alcanzar el Archipiélago sólo para ser destruidas por los estrategas de Samos y Quíos.

Bulgaria también fue escenario de incidentes, como la pequeña rebelión dirigida en 1040 por un aventurero llamado Pedro Dolianos, que se reclamaba descendiente de la casa real búlgara. A pesar de unos reveses iniciales debidos a la impericia de algunos comandantes bizantinos, la revuelta sería aplastada gracias a una contundente intervención del César Romanos –el hijo mayor de Teófilo– en 1041. Pero no terminaron ahí los desórdenes en los Balcanes.

El pueblo pechenego estaba instalado en el Danubio desde los días de Basilio II y el ejército imperial ya había tenido que poner coto a sus peligrosas incursiones en la década de los 30. En el invierno de 1048 un gran contingente pechenego al mando de su jefe Tyrach cruzó el río y se lanzó sobre los Balcanes. A pesar del amplio despliegue militar, a los bizantinos les costó un tiempo controlar a estos peligrosos invasores, cosa que corrió a cargo de Nicéforo Briénios en 1048-49 y del propio emperador en 1049-51. Derrotados finalmente cerca de Sardica, la mayoría de los supervivientes fueron expulsados más allá del Danubio, pero en 1052 Romanos cruzó el río a la cabeza de un importante ejército y hostigó a los pechengos obligándoles a alejarse de los márgenes del Danubio, con lo que se logró que no volvieran a dar problemas por espacio de una generación. Esta sería una de las últimas actuaciones conocidas de Romanos, pues poco después enfermó y murió (1054).⁵⁸

⁵⁸ La descripción que da ibn-Kulayb de su mal apunta hacia algún tipo de tumor del aparato digestivo, en opinión de Warren Treadgold.

El fallecimiento de su primogénito fue un duro golpe para el emperador y su esposa, pero por fortuna para Bizancio la sucesión estaba asegurada en la persona de León, que entonces acababa de cumplir 30 años y estaba al menos tan capacitado como su hermano mayor. En cuanto a sus hermanas, Eudoxia y Teófila, hacía años que habían contraído matrimonio, la primera con Leónidas, vástago de una rama colateral de los Comneno, y la segunda con el general Maniakés, del que enviudó en 1053.⁵⁹ Para prevenir cualquier problema, en 1057 Teófilo hizo coronar emperador a su hijo menor, que pasaría a la historia como León VII (1057-1095).

En cuanto a la situación de Italia, las cosas no cambiaron demasiado. Gobernada desde 1043 por Cecaumeno tras la llamada a la capital de Constantino Maketarios,⁶⁰ el nuevo *katepâno* combinó la flexibilidad política con la fortaleza militar, lo que permitió a los dominios bizantinos en la península disfrutar de una prolongada paz apenas interrumpida por algunas crisis menores, como la desencadenada en 1049 por el ducado de Benevento que, tratando de sacar partido de las complicaciones imperiales en los Balcanes, intentó sacudirse la presión bizantina mediante una alianza con el imperio germánico y el intento de soborno a algunos de los muchos *señores de la guerra* normandos que pululaban por tierras italianas. Alertado Cecaumeno, solicitó refuerzos al gobernador de Sicilia, Basilio Teodorocano, y lanzó un devastador ataque sobre Benevento en la primavera de 1051. El ducado, según Skilitzés, «[...] ardió como una tea, y los muertos se contaron por miles [...]». Desde ese momento Benevento quedó convertido en un estado-satélite de Bizancio en el que nada se movía sin permiso del *katepâno* de turno,⁶¹ hecho que no dejó de causar profunda irritación en Roma y en la corte germánica.

Por lo que respecta al papado, durante años reinó la inestabilidad y la corrupción en el solio pontificio, convertido en terreno de disputa entre los imperios bizantino y germánico. Al ya mencionado Juan XIX le sucedió el imberbe Benedicto IX (1032-1044), que ascendió al trono papal gracias a los sobornos de su padre, el conde Alberico III, verdadero dueño de Roma. Demasiado inclinado hacia los deseos del emperador Conrado II (1027-1039), la muerte de su poderoso patrón permitió a Cecaumeno maniobrar para lograr su deposición y sustitución por el obispo de Sabina, Silvestre III (1045-1046).

Pero la situación de Roma era tan volátil que los papas y antipapas se sucedieron a gran velocidad. León IX (1049-1054) trató de reabrir la polémica sobre si la primacía de la Iglesia en Italia correspondía al papa o al patriarca de Constantinopla. En enfrentamiento entre ambas cabezas de la Iglesia quizás habría terminado en cisma de no haber estado ocupada la jefatura de la iglesia oriental por el hábil Polieucto II (1043-1064), auténtica mano derecha de Teófilo en las cuestiones eclesiásticas y que supo manejar con habilidad y diplomacia el conflicto hasta alcanzar un acuerdo satisfactorio que se mantendría hasta los primeros años del siglo XIII. Es en este contexto donde se produce la visita de Cecaumeno a Roma (1054), que

⁵⁹ En el momento de su muerte, Maniakés todavía era *domestikos ton scholon tes Anatoles* o jefe de los ejércitos de Oriente.

⁶⁰ Tras su retorno a Constantinopla, Constantino sería nombrado *droungarios tou stolou* (“drongario de la flota”), cargo que ocuparía hasta 1055, cuando Teófilo le designó *Μεγας Λογοθητης* (*Megas Logothetes* o “Gran Logoteta”), puesto en el que permanecería hasta 1066, año en el que solicitó a los emperadores permiso para retirarse a sus posesiones en Oriente, donde moriría cuatro años más tarde. El cargo de Gran Logoteta, creado por Teófilo para su amigo, en la práctica equivalía al de visir o primer ministro. León VII prescindiría de esta figura, que sería recuperado por Alejo I Comneno (1095-1118).

⁶¹ Muchos de los prisioneros lombardos y normandos fueron enviados a Damasco, donde servirían en las guarniciones imperiales.

quedaría plasmada en su famosa *Crónica*, gracias a la que disponemos de un vívido informe de primera mano sobre la Roma de aquellos días.⁶²



Italia, a la muerte de Teófilo II

Finalmente, sería en la frontera oriental donde de nuevo Bizancio se vio obligado a aplicarse a fondo frente a un nuevo enemigo: los turcos selyúcidas.⁶³

Los selyúcidas eran en origen un belicoso clan de la tribu turca de los Kinik, asentada al norte del Mar de Aral. En el siglo X se convirtieron al islam y migraron hacia el sur dirigidos por un jefe llamado Silyuq o Selchuk, del que procede el nombre de la dinastía. Silyuq se instaló en el curso inferior del Sir-Daria, desde donde hicieron incursiones en Irán. Dotados de gran ímpetu militar, conquistaron el Jorasán (Irán oriental), y desde allí extendieron su acción sobre otras regiones. En 1038, el nieto de Silyuq, Tugril, se proclamó sultán de Nishapur y en 1055 tomó Bagdad, liberando al califa abasida de la presión de los buyíes de Mosul, a los que sustituyó como gobernante efectivo. Poco antes, en 1048, los selyúcidas habían arrasado el Vasparukán. Estas acciones pusieron en alerta a los bizantinos, que reforzaron su despliegue militar en la frontera oriental bajo la dirección de Isaac y Juan Comneno.

⁶² Cecaumeno compondría años más tarde, ya retirado otra obra no menos famosa, el *Strategikon* (también conocida como *Consejos de un aristócrata bizantino*), un trabajo muy interesante sobre la visión del mundo y de la política que tenía un típico representante de la aristocracia romano-oriental del siglo XI.

⁶³ También conocidos como “selchucos” o “selyuquíes” (en turco *Selçuklu*; en árabe *al-Salāyīqa*; en persa *Salyūqiyān*).

Teófilo había renunciado a hacerse con el control directo de Armenia tras la muerte de Ashot IV (1020-1040) y de su hermano Juan Sembat III (1020-1041), cosa que podría haber hecho en virtud de un tratado de 1021, pero prefirió apoyar el ascenso al trono armenio del hijo de Ashot, Gagik II (1042-1079), con quien firmó un tratado de defensa mutua. Fue una decisión oportuna, pues no tardó en comprobarse que el nuevo sultán selyúcida Alp Arslan (1063-1072) había puesto sus ojos sobre Armenia y Georgia, por lo que a Bizancio le interesaba una Armenia estable. Mejor frenar a los turcos en Armenia que a tener que hacerlo dentro de Anatolia.



Guerreros selyúcidas (Christa Hook)

Sin embargo, la preocupación era relativa porque por entonces el Imperio era demasiado poderoso para los selyúcidas, cosa que se encargó de demostrar León VII en el verano de 1064, cuando a la cabeza de un ejército combinado armenio-bizantino infligió a los a los turcos una gran derrota cerca de Ararat. La victoria imperial apaciguó durante unos años la situación, aunque a partir de 1072, bajo la dirección del nuevo sultán Malik Shah (1072 -1092),⁶⁴ los selyúcidas reiniciaron la presión sobre la frontera armenio-bizantina. Ello obligó a repetidas intervenciones del ejército imperial que culminaron en la gran campaña del verano de 1081 en la que, como respuesta al devastador ataque turco sobre Georgia, el emperador León dirigió una durísima represalia sobre territorio selyúcida en la que derrotó al emir ibn Kutalmish y tomó al asalto Mosul, que fue saqueada e incendiada. Tras esta campaña, en la que se distinguió el joven general Alejo –hijo del hemanastro de Teófilo, Juan Comneno–, el Imperio y los selyúcidas firmaron una tregua por diez

⁶⁴ Los selyúcidas se iranizaron rápidamente, adoptando el farsi como lengua oficial, con lo que muchos de los dirigentes eran persas. Uno de los más importantes personajes del reinado de Malik Shah fue el brillante visir Nizam al-Mulk (1063-1092).

años que sería renovada en 1090 por idéntico período. Habría que esperar al primer tercio del siglo XII para contemplar el gran choque entre selyúcidas y bizantinos.

Pero todo eso pertenecía a un imprevisible futuro a finas de junio de 1069. Desde que en 1057 su hijo León se convirtiese en coemperador, Teófilo delegó en él cada vez más responsabilidades, de modo que hacia 1065 León era en la práctica el gobernante efectivo. Cansado después de cuarenta años de llevar las riendas del Imperio con mano firme y decidida, el viejo basileo pasó sus últimos años disfrutando de un merecido descanso en el sosiego de los jardines y estancias de su palacio constantinopolitano, la *basiliké oikía*. Cuenta ibn-Kulayb que eran muchos los amigos y familiares que allí le visitaban y que Teófilo apreciaba en especial la compañía de Alejo Comneno, al que presagió un brillante futuro. No sabía el emperador lo acertado de su pronóstico.

Teófilo pasó el invierno de 1068-69 en las termas de Pythia, en Bitinia, buscando alivio a su creciente malestar y debilidad. Regresó a Constantinopla a finales de junio, justo a tiempo para participar en los festejos que todos los años celebraban la consagración de Constantinopla. Fue su última aparición pública. Su salud comenzó a quebrantarse y en la madrugada del 29 de junio, día de la festividad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, Teófilo II, el más grande de los emperadores de Bizancio desde los días de Justiniano, exhaló su último suspiro a los 73 años de edad.

«Con él se fue la luz del mundo y ahora sólo podemos añorarle e implorar su intercesión por todos nosotros ante el Todopoderoso» Con estas palabras termina la *Vida de Teófilo* de ibn-Kulayb, quien seguiría a su amado basileo por la senda de la muerte unos pocos años más tarde, pocos meses después de que también lo hiciera la basilisa Teodora (1071). El otro gran cronista del reinado de Teófilo, Miguel Psellós, tras una brillante carrera como alto funcionario y profesor (llegó a recibir el título honorífico de *Príncipe de los filósofos* por parte de Teófilo), se retiró a un monasterio de Bitinia, donde fallecería en 1078.

La herencia de Teófilo era formidable: legaba a su hijo León un Imperio poderoso y respetado que se extendía desde el Danubio al Mar Muerto y desde Sicilia hasta Armenia, una tesorería repleta y una economía fuerte. Había, desde luego, asuntos de los que preocuparse: la creciente amenaza selyúcida, las aspiraciones germánicas sobre la Italia del sur, la feudalización de los señoríos del interior de Anatolia, el empuje comercial de las repúblicas comerciales italianas encabezadas por una Venecia que sabía aprovechar muy bien su íntima relación con el Imperio, etc. Pero ninguno de estos problemas tenía todavía una importancia relevante o al menos no fundamental. Correspondería a futuras generaciones enfrentarse a ellos.

Han sido muchos los historiadores que han tratado de valorar en su justa medida el reinado de Teófilo desde diversos puntos de vista, pero en general la historiografía moderna no discute el hecho de que que la figura del basileo influyó de forma determinante sobre los brillantes reinados de su hijo León VII y de su sucesor, Alejo I. Es por ello que la expresión *el siglo de Teófilo* ha hecho fortuna y define como pocas a un tiempo y a un hombre.

Con el paso del tiempo, Bizancio –como todos los imperios– terminó por caer: A finales del siglo XII Palestina se perdió, dividida en señoríos feudales cristianos y musulmanes cuando la amenaza selyúcida era más peligrosa (lo que sería el detonante de la I Cruzada), el norte de Siria se convertiría en la Pequeña Armenia tras

la invasión turca de 1178 y Andrónico Comneno buscaría su propio futuro como rey de Sicilia desde 1184 apoyado en sus leales normandos. Los propios selyúcidas llegarían a arrebatarse al Imperio los territorios mesopotámicos pero Bizancio, como ya hiciera siglos antes, supo resistir y mantenerse firme en Anatolia, Grecia y los Balcanes durante otros dos siglos, frenando el progresivo avance selyúcida y otomano antes de que las cruentas guerras civiles de mediados del siglo XIV abriesen una nueva etapa en su milenaria historia. La mayor parte de los Balcanes se perderían de nuevo ante los búlgaros, pero Constantinopla, Tracia, el sur de Macedonia y Grecia lograron mantenerse en manos imperiales. En Anatolia, la mitad oriental sucumbió ante los otomanos, pero estos nunca lograron arrebatarse a Bizancio las prósperas y helenizadas tierras occidentales del Asia Menor, esa región donde la cultura griega permanece enraizada con vigor desde hace ya 2.500 años. Y si esto ha sido así en buena parte se debió a Teófilo II, cuyo reinado, en palabras del erudito francés Charles Diehl «[...] se convirtió en modelo a seguir por sus sucesores durante los siguientes doscientos años.»

Margareth Carlisle
Birmingham, octubre de 2005